

# La Ilustración Artística

Año XXIII

← BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1904 →

Núm. 1.189



De vuelta del trabajo, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)



Contrabandistas, cuadro de Luis Graner. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1904.)

## ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que es el tercero y último de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

## SUMARIO

**Texto.**—Crónica de teatros, por Zeda. — Dos caminos, por Juan Toral. — Cuadros de Luis Graner. — Maniobras de caballería en Aragón. — Crónica de la guerra ruso-japonesa. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — La Zarzalera, novela ilustrada (continuación). — Máquinas de calcular.

**Grabados.**—De vuelta del trabajo. — Contrabandistas. — Malas pulgas. — Horno de vidrio. — Rincón de taberna. — La pesca á la «encesa» en Bagur, cuadros de Luis Graner. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo Dos caminos. — Anhelos, cuadro de W. Wick. — Maniobras de caballería en Aragón. Bando Norte. D. Alberto M.<sup>a</sup> Borbón, general en jefe del bando Norte. — El comandante de Estado mayor D. Juan Gil, acompañado de algunos oficiales. D. Germán Brandeis y D. Agustín Laserna, coroneles. — Soldados del regimiento de Santiago. — Guerra ruso-japonesa. Una trinchera rusa abandonada después de una batalla. — El general ruso Grippenberg. — Un convoy de víveres y municiones en la Manchuria. — El general Stoessel inspeccionando las baterías de las murallas de Puerto Arthur, dibujo de S. Begg. — Barcelona. Fiestas de la Merced. Partida de ajedrez viviente que se jugó en el Palacio de Bellas Artes. — Figs. 1 á 5. Máquinas de calcular de Pascal, Thomas, Burroughs, Ohlner y Bollée. — Sobre el arroz, cuadro de Julio Vila-Prades.

## CRÓNICA DE TEATROS

Todos nos quejamos en España de falta de dinero; todos hablamos de la miseria que nos corroe; todos nos complacemos en imaginar el porvenir cargado de amenazas. En este mismo momento acabo de leer la reseña de un *métling*, en el cual, como de costumbre, se ha puesto á los burgueses lo mismo que chupa de dómine, y se ha hablado, como suave medida preventiva, de colgar á las puertas de sus respectivas tiendas á los tenderos que expenden artículos de primera necesidad. ¿Que suben los cambios, que aumenta el precio del pan, que la vida es imposible?... Pues, á pesar de todo, la gente se divierte en grande: los teatros que ya funcionan en Madrid están constantemente llenos; se cubren los abonos para los días de moda de los «grandes coliseos» que aún no han abierto sus puertas; rebosa de espectadores la plaza de toros á pesar de celebrarse las corridas en día de trabajo, y el dinero corre en abundancia para todo lo que es diversión ó regocijo. Los españoles, ó por lo menos los madrileños, dicen algo parecido á la sentencia de cierto jugador empedernido: «El dinero se ha hecho para jugarlo; y si algo queda, para comer.»

¿Será que la misma angustiosa situación de la gran masa social obliga á mucha gente á olvidar sus penas aturdiéndose en fiestas y espectáculos, como algunos desesperados ahogan sus pesares en el vino? Será tal vez que el que más y el que menos se echa la cuenta de que «perdido por uno, perdido por ciento.» No lo sé: el hecho es que en Madrid las diversiones públicas abundan mucho más que en el mismo París, con ser la capital de Francia una ciudad cosmopolita, cuya población flotante no bajará de seguro de cien mil almas.

Estas y otras muchas consideraciones por el mismo estilo, de las cuales hago gracia á mis lectores, se me ocurrían contemplando, la tarde del 3 de septiembre, «el asalto» de la Zarzuela. Una muchedumbre de hambrientos ante las puertas de una panadería no hubiera mostrado mayor impaciencia por adquirir pan que la manifestada por aquella multitud para tomar billetes. El gran atractivo de la inauguración de dicho teatro era el estreno de una quisicosa cómi-

co-lírico-bailable titulada *Las Bellas Artes*. La tal revista es una serie deshilvanada de escenas sin sombra de novedad ni de gracia. Allí había y hay (porque aún no ha desaparecido del cartel) de todo: comparsas de señoritas que lucen sus formas esculturales gracias á las mallas, máscaras ataviadas con trajes caprichosos, guardias de orden público á caballo, carrozas lujosas, baturros que cantan la jota, mozas de garbo que bailan tangos zoológicos, tipos callejeros, *couplets* satíricos, cuadros plásticos, ¡qué sé yo! Lo único que falta en *Bellas Artes*... es arte.

A pesar de todo esto, de la voz de Lucrecia Arana, de los esfuerzos de Pinedo y de las zapatas de Moncayo, disfrazado de perro de lanas, *Bellas Artes* fué bastoneada, taconeada y silbada «con todo el aparato que su argumento requiere.» Lo que no ha sido obstáculo, como digo más arriba, para que se siga representando y algunas noches dos veces.

Con la función inaugural de la Zarzuela se empezó á cumplir en Madrid la orden del gobernador, que fija la hora de las doce y media de la noche como término improrrogable del espectáculo. Las empresas de género chico, á fin de cumplir dicha orden, acordaron, y así lo practican, empezar la función á las siete de la tarde. A la primera sección de los teatros por horas se le da ya por ahí, y no sin propiedad, el nombre de *vermouth*.

Al pronto esta innovación, lo mismo que la orden gubernativa, ha sido objeto de protestas y cuchufletas, como lo está siendo, verbigracia, el descanso dominical; pero al fin y al cabo, lo que ahora es chocante innovación, se convertirá en costumbre y con ella irá ganando aquella parte del público que trabaja y que, por consiguiente, no puede acostarse á las dos y media de la madrugada, hora á que—durante «el antiguo régimen»—terminaban las funciones en los teatros de género chico.

Con este *vermouth* teatral han empezado á funcionar Eslava, Apolo, el Cómico y el Moderno.

En el primero de estos teatros, ó sea en el de Eslava, triunfa hasta ahora Riquelme, rodeado de unos cuantos actores más ó menos estimables y de un grupo de muchachas muy guapas y frescachonas, cuyo mérito está más en la forma que en el fondo. El público de Eslava las absuelve de buen grado de sus pecados artísticos, por la misma razón que los jueces de Friné absolvieron de otra especie de pecados á la célebre hetaira.

La gran atracción del teatrillo del pasadizo de San Ginés la constituye el sainete titulado *El rey del valor*. No hay en esta obrilla ni tipos, ni costumbres, ni plan, ni argumento; pero en cambio tiene, aunque gorda, bastante sal, y con esto y algunos números de música no muy original, pero sí alegre y retozona, y chistes capaces de sonrojar á un guardacantón, no es extraño que el público que suele acudir al teatro de Eslava se encante y hasta se entusiasme contemplando los lances de *El rey del valor*.

Lo que á la verdad no me parece tan natural es que á ese espectáculo y á otros de la misma índole asistan niñas menos que adolescentes. Bueno que las mamás que gustan de esa clase de diversiones vayan y se recreen... Mayores son de edad y allá ellas con sus gustos y aficiones; pero á sus pobres hijas, ¿para qué ir las acostumbrando á oír frases y ver escenas que por fuerza han de pervertir sus corazones? A mí me dan verdadera lástima esas pobres chiquillas de madres mal aconsejadas solazándose con los chistes precoces de zarzuelillas sicalípticas.

De esta especie suelen ser también las obras que privan en el teatro Cómico. Allí además se cultiva el chiste político. En una cosa que lleva el culto título de *Siempre p' atrás* se cantaban unos *couplets* tan intencionados, que el gobernador se creyó en el caso de imponer á la empresa una multa de quinientas pesetas. Es de suponer que la medida gubernativa habrá aplacado algo los ímpetus aristofanescos de los autores de *Siempre p' atrás*.

Apolo, «la catedral del género chico», como le llaman los fieles de la literatura menuda, abrió también sus puertas, con gran satisfacción de músicos, danzantes, autores de la casa, revendedores y público. Allí todo es igual que en la temporada anterior: Joaquina Pino sigue luciendo las esplendideces de su arrogante figura; la Vidal, tan robusta como siempre; Carreras, tan divertido... En fin, que no pasan días por los actores y actrices de Apolo. Las obras que allí se representan ahora y con las cuales se celebró la función inaugural, son las que formaban el cartel cuando, un mes antes, se cerró el teatro. De modo que podrán discutirse otros méritos al de la calle de Alcalá: el que no podrá negarle nadie es el de la constancia.

El último en reanudar sus tareas ha sido el teatro Moderno, en donde Loreto Prado hace ya dos años que sentó sus reales. A Loreto el público de Madrid la quiere y la admira cada vez más. Su reaparición en la escena fué la otra noche un verdadero acontecimiento. La sala estuvo llena toda la noche de público perteneciente á todas las clases sociales, porque la graciosísima actriz es admirada con igual entusiasmo por los de arriba que por los de abajo; hubo también aplausos estruendosos, flores y palomas. Bien satisfecha pudo quedar la gentil Loreto del recibimiento que le hizo el público de Madrid. Y dicho sea en verdad, merecidas tiene estas muestras de simpatía y admiración, por su talento y por su gracia inimitable.

\*\*\*

Para que ningún género falte en Madrid, José González ha comenzado en el Circo de Price una serie de funciones pertenecientes casi todas al género melodramático. Es tenido el melodrama, y no sin fundamento, por un arte inferior; es el folletín representado, con sus lances imprevistos, sus sorpresas, sus personajes, unos buenos como ángeles y otros perversos como demonios, y su desenlace en que siempre triunfa la justicia, quedando el virtuoso con premio y duramente castigado el traidor. Esta literatura convencional y efectista es, en efecto, muy inferior al drama y la comedia, reflejo fiel de la vida, en la cual ni los caracteres son de una pieza, ni la justicia triunfa siempre y en donde, como ya dijo el poeta, las manos inicuas vibran victoriosas palmas.

Pero, siendo esto así, no es menos cierto que el melodrama, aunque falsifica la vida, presenta en cambio ante los ojos del pueblo la realización de un alto ideal de justicia. Por lo mismo que en torno nuestro vemos tan á menudo el vicio triunfante y la virtud humillada, nos complacemos en hallar, por lo menos en el teatro, un destello de aquella perpetua y alta voluntad, que al fin y á la postre ha de dar á cada uno lo suyo. Quizás en esto, más que en otra cosa, estriba la predilección que por el melodrama siente el pueblo soberano.

En lo que pudiéramos llamar mecánica del melodrama, en su trama novelesca, auxiliada ó realizada por el *atrezo* y *mise en scene*, requiérese un esmero y un lujo que rara vez se encuentran en la representación de esta clase de obras. Sinceramente creo que la empresa que se decidiera á representar melodramas, á pesar de que Fernando Díaz de Mendoza representa dramas y comedias en el Español, se llevaría, como suele decirse, de calle una gran parte del público, aquella que va al teatro, no á complacerse con el planteamiento y resolución de un problema de moral ó de filosofía, sino á buscar las emociones que produce la contemplación de la virtud perseguida por la maldad y al fin triunfante al través de complicados incidentes.

Yo no sé si José González realizará en el enorme teatro del Circo de Price todas las condiciones que exige para triunfar el género melodramático; pero como tiene talento y laboriosidad y conoce los gustos del público, no será maravilla que logre «defenderse.»

\*\*\*

Y no será poco defenderse en una temporada como la presente, en que, forzosamente, ha de ser ruda la lucha que han de sostener los teatros grandes. Por de pronto, Borrás, que tan ruidosos triunfos alcanzó en junio último, se dispone á emprender con brío la próxima campaña en el teatro de la Comedia. La obra con que inaugurará la temporada es *Tierra baja*, drama en que el actor catalán desempeña el papel de protagonista de un modo realmente admirable.

En el Español, María Guerrero y Fernando Mendoza harán los imposibles por conservar el favor del público. Para ello cuentan con muchas obras y con su propio talento.

Por último, Thuiller, alejado de Madrid durante largos años, se presentará dentro de poco en la Princesa, acompañado de gran número de artistas ya conocidos en la corte, y de otros, como la señora Fábregas, artista mejicana á quien hay gran deseo de admirar y de aplaudir.

Distribuídas del modo que queda dicho las fuerzas artísticas, júzguese si será descaminado predecir para el próximo invierno reñida competencia entre los valiosos elementos que van á disputarse los favores del público.

Después de todo, éste es el que saldrá ganando.

ZEDA.



... tuvo que detenerse por un enorme *ballón* que rebotó á pocos pasos. (Dibujo de Mas y Fondevila.)

DOS CAMINOS

I

—Tráeme otra camisa; esta se ha arrugado y me ha deshecho los dedos. ¡Maldita sea su estampa!

—¿Qué te pasa?, preguntó Antonio entrando en el gabinete de Alfredo.

—Esas estúpidas planchadoras, que no saben lo que hacen y ponen los ojales tan duros que es imposible abrochar los botones. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo á darte una noticia que quizá no esperes. Me caso y quiero que seas testigo.

—¡Tú! ¿Tiene *guita*?

—No.

—¿Influencia?

—Tampoco.

—Pues... no te enfades; pero haces el primo. El matrimonio como negocio, como *sociedad conyugal*, puede admitirse; pero, como matrimonio solo, es un dogal y vas á echarle encima un peso que te hará caer en medio del camino. ¡Maldita sea!

—¿Qué es eso?

—La corbata, hombre; ¿no ves qué nudo sale? ¡Hay días que debiera uno reventar!

Y Alfredo se deshizo violentamente el nudo de la corbata.

Antonio sonreía.

—Pues, chico, siguió Alfredo, perdóname la franqueza; pero lo que es casarse para mantener á la mujer y pasar privaciones, me parece una bobada. ¡Anda y que las mantengan sus padres!

—No hay que extremar las cosas. Yo tengo una base, puedo cubrir modestamente mis necesidades de ahora. Después..., con voluntad, una buena administración y trabajando, confío en salir adelante.

—No me convences. Yo si me caso será con mujer que me traiga mucho dinero ó cosa que lo valga; porque los encantos físicos son flor de un día, y después queda lo otro, el lujo, las comodidades... Para repartir con ella lo que tengo, mejor estoy soltero.

—¡Señorito!, dijo el criado de Alfredo, entrando; aquí están las violetas. He tenido que dar por este ramito cuatro pesetas; no había más, y como me dijo que no viniera sin ellas...

—¡Pues claro!, contestó Alfredo, aunque te hubieran pedido dos duros. ¡Estaría bueno que fuese sin ellas!

II

Alfredo siguió alegremente su vida de soltero, ociosa y llena de nimiedades. No punzaban su alma los grandes dolores de la lucha humana, pero tampoco llegaban á ella las vibraciones del sentimiento, la satisfacción del deber cumplido ni las claridades del ideal.

Su rumbo era incierto, como el de las mariposas que vuelan alocadas de flor en flor. Si alguien le hubiese detenido y preguntado adónde encaminaba sus pasos, le habría llenado de sorpresa.

Las grandes preocupaciones de su vida eran que le cortasen mal un traje, que no le saliese airoso el nudo ó el plastrón de la corbata, no encontrar á tiempo una flor determinada ó quedarse sin invitación para alguna fiesta.

Todas las noches á las tres ó las cuatro de la madrugada, cuando menos, pálido, estragado, con la lengua saburrosa y la cabeza abombada, volvía á su elegante pisito de la calle de Claudio Coello, en donde los muebles, aquellos muebles que no habían sido *vividos*, que no guardaban ninguna confianza, ningún recuerdo, estaban siempre en el mismo sitio, rígidos y fríos como cosas petrificadas, como cilindros sin impresionar.

No se notaba en aquellas habitaciones la mano de la mujer que todo lo arregla ni la del niño que todo lo revuelve; no se veían detalles íntimos, notas de hogar...

La vida pasaba por allí y por el alma de Alfredo como la gota de agua por la bruñida superficie: sin dejar rastro.

Y sin embargo, Alfredo se acostaba en el solitario lecho satisfecho de sí mismo; había estado en el Casino, en cuya sala de juego le habían robado decentemente unas pesetas; paseó por el Retiro y la Castellana; estuvo al anochecer en la Carrera de San Jerónimo recostado en un farol viendo pasar las muchachas; se gastó dos duros en la cena condimentada en la misteriosa cocina del restaurant más renombrado y tres pesetas en la flor de moda; asistió después al teatro en donde actuaba la compañía francesa; y si no se enteró gran cosa de la obra representada—que para él era lo de menos,—le *vieron* allí y cumplió con esto con el buen tono; y para fin de fiesta había comprado un rato de amor por horas, insipido como el hastío.

Indudablemente estaba en lo cierto, y todas las noches, al arrebujarse entre las sábanas, pensaba con desprecio y lástima:

—¡Pobre Antonio, qué tonto ha sido!

III

Antonio entró en la vida de los hombres equilibrados y útiles, que no se consideran venidos á este mundo para emplearse en las cretinas superficialidades de los que, creyéndose prototipos del buen tono, resultan eminentemente ridículos; ni tampoco para sacrificar las dulces expansiones del alma en el altar de las vanidades humanas; ni menos para abdicar de los nobles y absolutos dictados de su conciencia ante los *áureos* atractivos de la hija más ó menos honrada de un padre ladrón.

No; el amor de Antonio, desinteresado y puro como el corazón que impulsaba todos sus actos, era dos veces sagrado, porque había sido santificado por el amor mismo, y la bendición nupcial, traspasando los límites del convencionalismo terreno, había llegado hasta Dios, á diferencia de aquellas otras que, sirviendo de pabellón á mercancías de contrabando, se pierden en el estrecho recinto de una sacristía y no salen de los repugnantes moldes de una escritura dotal.

Antonio tenía su hogar, en donde se le rendía fervoroso culto; aquello era templo de amor y taller de obrero; por allí pasaban las amarguras de la realidad, pero también las claridades del cielo; las primeras, lejos de abatirle, le daban para la lucha fuerzas extraordinarias que espoleaba constantemente el convencimiento de sus propios deberes; las segundas derramaban en su alma un placer espiritual á nada comparable, que como bálsamo santo cicatrizaba las heridas de la lucha humana.

Un tierno niño, que aún conservaba la sonrisa del cielo, fruto de sus legítimos amores, era bastante para llenar el corazón y la mente de Antonio de dulces anhelos y de nobles ideales; una esposa amante y discreta, probada y purificada por la desgracia, posesionada de una moral que no admitía los acomodaticios convencionalismos sociales, sino los absolutos dictados de la Verdad misma, era más que suficiente para que Antonio pensase con lástima en Alfredo y dijese todas las noches al acostarse:

—¡Pobre amigo, qué imbecil es!

## IV

Pasó tiempo. El invierno, despiadado y frío, se llevó todas las galas de la primavera; secó las flores; petrificó la savia en las vegetales venas, y la hojarasca, pomposa y verde, palideció clorótica, languideció sin fuerzas y fué arrancada del materno tronco por el viento otoñal, que cubrió con ella de amarillenta alfombra los largos y melancólicos paseos; los árboles, antes llenos de tierna urdimbre, en la que el viento formaba misteriosos murmullos, poblada de amorosos nidos, estaban ahora escuetos, petrificados, y sus secas ramas extendidas en el espacio parecían brazos de osamentas que imploraban piedad...

Alfredo, amarillo como las hojas que se arremolinaban á su alrededor, se paseaba solo, apoyado en un bastón, por una larga alameda del Retiro. Su cuerpo se inclinaba hacia la tierra antes de tiempo; su pelo blanqueaba, no con la nieve que sobre él cayera con el transcurso de los años y por ellos consagrada, sino con la que arrojaron los temporales de su vida, disipada y necia. Un reblandecimiento me-



Malas pulgas, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)

mado en tan tristes reflexiones, cuando tuvo que detenerse por la súbita aparición de un enorme ba-

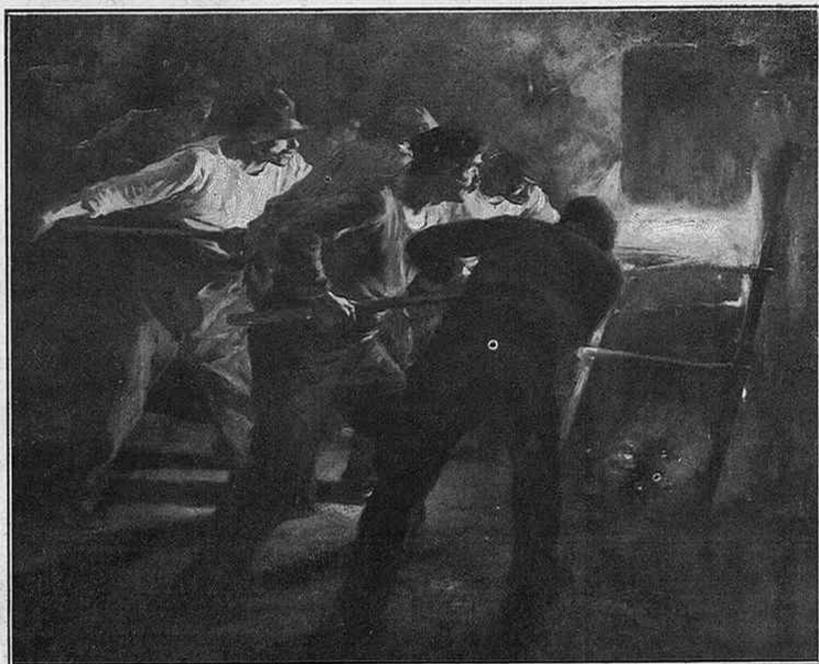
Un hombre que se acercaba presuroso gritó á los niños:

—¡Cuidado con dar á alguien! Aquel hombre era Antonio; aquellos chicos, coloradotes y alegres, eran sus hijos, con los que jugaba ágilmente al *foot-ball*.

Alfredo y Antonio habían tomado por caminos diferentes, y como no se habían visto, no se reconocieron.

Antonio, fuerte, alegre, satisfecho de sí mismo, rodeado de aquellos hermosos niños, reproducciones de su ser, siguió jugando con ellos, expansionándose, como si fuese otro niño, en los más sublimes goces del alma. Era la voluntad y el trabajo fecundos, la generosidad rodeada por los resplandores de sus propias obras, la vida que sufre y goza, que ama y lucha y se reproduce constantemente, triunfando de la muerte, á la que sólo deja los podridos despojos de la materia, y salvando y perpetuando su espíritu sobre la tierra.

Alfredo siguió lentamente por la alameda y por ella se perdió, solitario y triste, buscando en el bastón apoyo para su paso vacilante. Era el egoísmo humano que moría rodeado del único engendro de su miserable vida: la indiferencia.—JUAN TORAL.



Horno de vidrio, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)



Rincón de taberna, cuadro de Luis Graner (Exposición Nacional de Madrid. 1904)

sus músculos, apagando el brillo de sus ojos y la lucidez de su inteligencia.

Sentíase morir en las mismas soledad é indiferencia en que había vivido, sin nadie que le cuidase, vivo, y le llorase, muerto.

Pasaron los caprichos del amor, que no suele reinar sobre las canas; pasaron las vanas diversiones, y los que en ellas fueron inseparables camaradas de Alfredo no eran capaces de perder un baile ó un turno elegante por endulzar la soledad del pobre enfermo, abandonado á los secos y deficientes servicios de gente asalariada, y el desgraciado Alfredo entraba en su casa, solitaria y silenciosa, sin que amorosos brazos rodeasen su cuello ni llegasen á su oído palabras de consuelo; y cuando en la soledad de su alcoba espaciaba el pensamiento sobre el horizonte de su vida, sólo veía la yerma llanura del desierto, donde nada había germinado.

Paseaba Alfredo ensimis-

llon que rebotó á pocos pasos y al que seguían tres ó cuatro niños de seis á diez años que se disputaban bulliciosos darle un enérgico puntapié.



La pesca á la «encesa» en Bagur, cuadro de Luis Graner (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1904)

## CUADROS DE LUIS GRANER

Cuando hace algún tiempo se celebró en el Salón Parés de esta ciudad la exposición de obras del notable pintor Luis Graner, expusimos la hermosa impresión que en todos los inteligentes y aficionados á las bellas artes produjo aquella manifestación grandiosa del talento de uno de nuestros más geniales artistas. Muchos de aquellos cuadros han figurado luego en importantes exposiciones y en todas ellas han sido objeto de especial admiración, mereciendo su autor los más entusiastas elogios. En el presente número reproducimos los principales lienzos que en el Salón Parés se expusieron: nada hemos de decir de las innumerables bellezas que atesoran, puesto que la firma de Graner, á quien enviamos nuestra felicitación más sincera, es actualmente prenda segura de la bondad de la obra al pie de la cual se lee.—S.



ANHELOS, cuadro de W. Wick

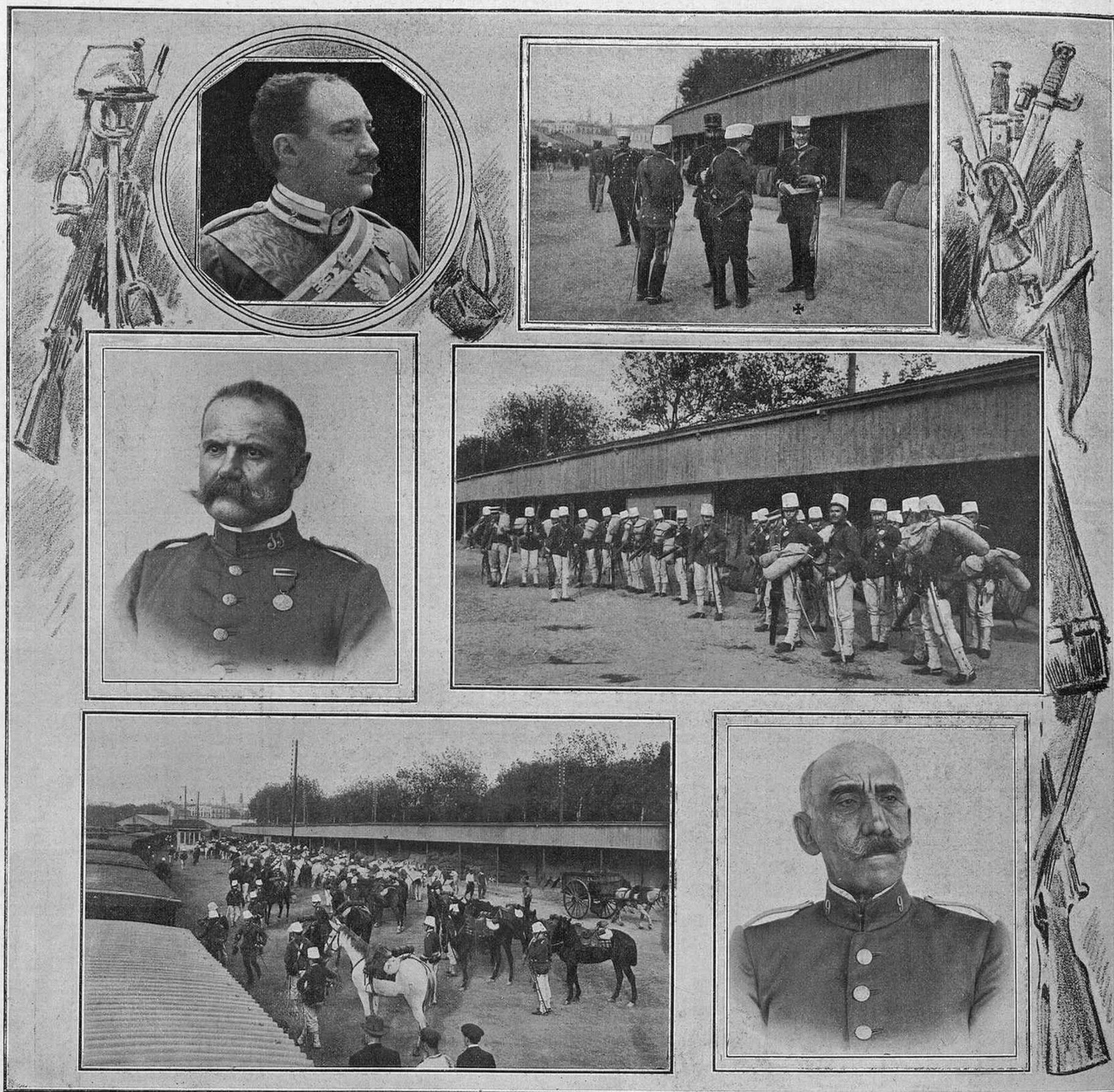
## MANIOBRAS DE CABALLERÍA EN ARAGÓN

El general Linares, actual ministro de la Guerra, comprendiendo la utilidad de todo aquello que en tiempo de paz puede contribuir mejor á la preparación para un caso de guerra, dispuso que se efectua-

Las fuerzas del bando Norte, ó sea del supuesto ejército invasor, se componían de los regimientos de caballería del Rey, Santiago, Montesa y Numancia y una batería de artillería, de guarnición en Cataluña; el bando Sur estaba formado por los regimientos de la Princesa, del Príncipe y de Pavia y por dos

respectivamente, ambos bandos emprendieron las marchas de guerra entrando de lleno en el teatro de operaciones.

El encuentro se verificó el día 3, comenzando á las ocho de la mañana y terminando á las doce. Durante el simulacro de combate dieron las fuerzas de



MANIOBRAS DE CABALLERÍA. — BANDO NORTE. — D. ALBERTO M.ª DE BORBÓN, general en jefe del bando Norte. — El comandante de Estado mayor D. JUAN GIL (\*) acompañado de algunos oficiales. — D. GERMÁN BRANDEIS, coronel del regimiento de Numancia. — Soldados del regimiento de Santiago esperando la orden de subir al tren. — 1.º y 2.º escuadrones de Santiago en la estación de Francia. — D. AGUSTÍN DE LASERNA, coronel del regimiento de Santiago (de fotografías de A. Merletti.)

ran las maniobras de caballería que en estos días se han realizado en Aragón.

El supuesto táctico de las mismas ha sido el siguiente: un ejército invasor ocupa ya el territorio nacional desde la frontera pirenaica hasta el Ebro, pero no se atreve á avanzar hacia el interior por no considerarse con fuerzas suficientes para conservar lo ocupado y á la vez resistir la acción del ejército español que se concentra en Madrid y demás provincias centrales. Este ejército, por su parte, se dispone á emprender la marcha y así lo hace destacando á la vanguardia una división de caballería con artillería montada encargada de buscar el contacto con el enemigo, el cual, encontrándose ya en condiciones de emprender el movimiento de avance, destaca también una brigada de tres regimientos de dragones que pasa el Ebro en Zaragoza y avanza hacia el Sur buscando asimismo el contacto con el bando opuesto, ocurriendo entonces el choque,

baterías del 4.º ligero de caballería. Mandaba el primero el general D. Alberto M.ª de Borbón y el segundo el general Huertas.

Las etapas recorridas por el bando Norte han sido: de Martorell á Igualada (39 kilómetros), de Igualada á Cervera (35 kilómetros), de Cervera á Mollerusa (34 kilómetros), de Mollerusa á Lérida (22 kilómetros descansando un día), de Lérida á Fraga (27 kilómetros), de Fraga á Bujaraloz (43 kilómetros), de Bujaraloz á Osera (38 kilómetros), y de Osera á Puebla de Alfinden.

Las que ha recorrido el bando Sur han sido: de Guadalajara á Trijueque (22 kilómetros), de Trijueque á Algora (34 kilómetros), de Algora á Alcolea del Pinar (23 kilómetros), de Alcolea del Pinar á Somaer (31 kilómetros), de Somaer á Ariza (29 kilómetros), de Ariza á Ateca (28 kilómetros) y de Ateca á Calatayud (15 kilómetros).

A partir de Puebla de Alfinden y de Calatayud

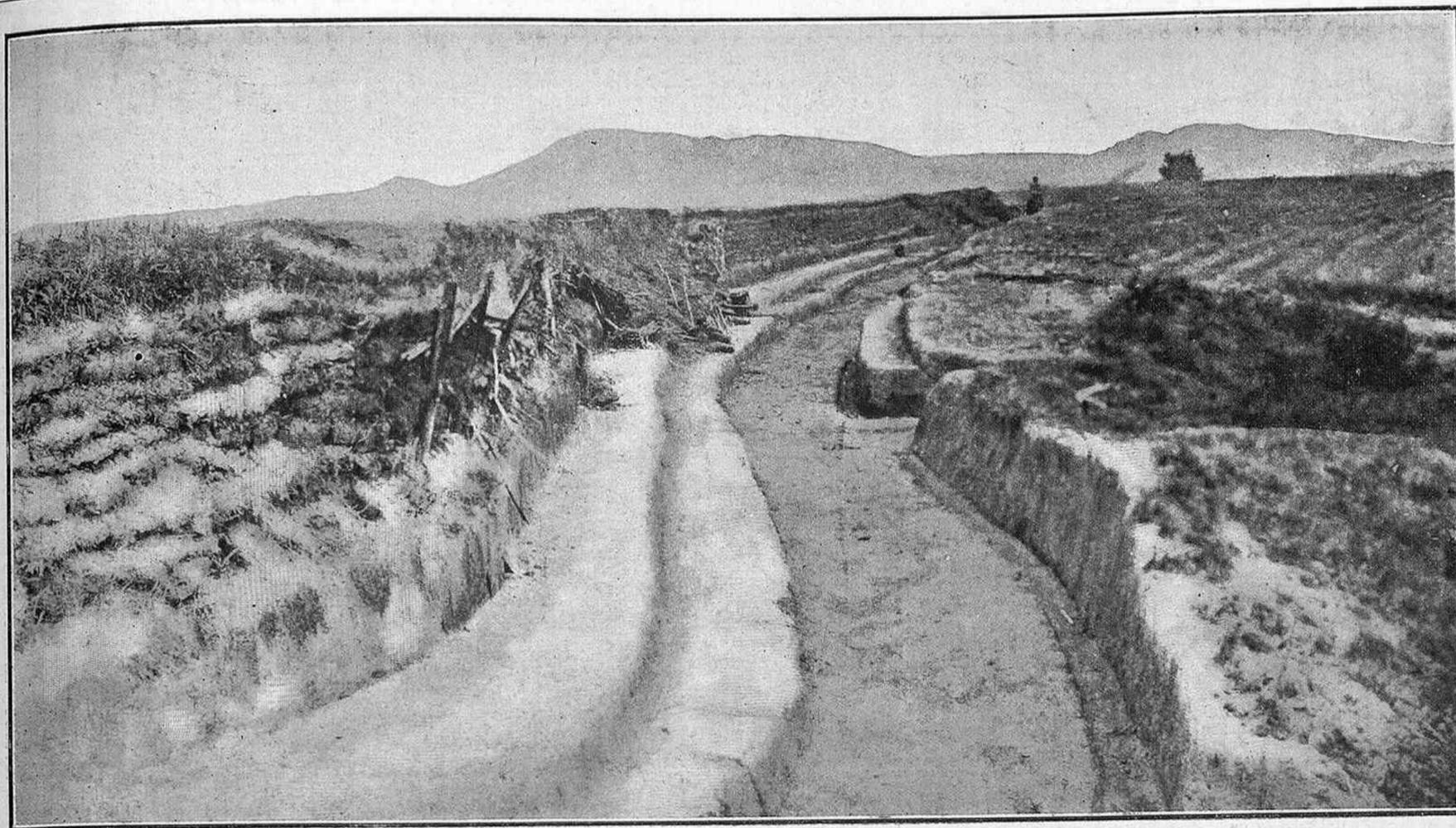
ambos bandos brillantes cargas y efectuaron hábiles movimientos, distinguiéndose especialmente el regimiento de Numancia, del bando Norte, y el de la Princesa, del bando Sur.

Las operaciones de aquel día fueron presenciadas por S. M. el rey, á quien acompañaban el príncipe de Asturias, el ministro de la Guerra, el comandante general de Alabarderos y los generales Bascarán y D' Harcourt, y los coroneles Milans del Bosch, Lóriga y Eloriaga.

Después de un ligero descanso, S. M. pasó revista á las tropas, que desfilaron de un modo admirable.

Las tropas que han tomado parte en las maniobras han resistido perfectamente las fatigas de las jornadas, algunas de ellas efectuadas con tiempo inclemente y por lugares de pocos recursos y de difícil tránsito.

El ensayo, á pesar de algunas deficiencias, fáciles de corregir para otra vez, ha tenido un éxito que bien puede calificarse de satisfactorio.—X.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - UNA TRINCHERA RUSA ABANDONADA DESPUÉS DE UNA BATALLA (de fotografía del «Collier's Weekly», de los Estados Unidos de América)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Las avanzadas rusas y las japonesas siguen en contacto en el Sur, Sudeste y Este de Mukden; todos los días se libran entre ellas escaramuzas sin importancia, pero ni se ha trabado ningún combate serio ni puede predecirse cuándo ocurrirá la gran batalla, que con razón se considera inminente. En Tokio se cree que Kuropatkine sólo permanece provisional-



El general GRIPPENBERG, jefe del 2.º ejército ruso que actualmente se está formando con destino á la Mandchuria (de fotografía).

mente en Mukden para dificultar la marcha de avance de los japoneses y que la acción que se espera se librará en los alrededores de Tie-Ling. En Mukden, en cambio, se opina que los rusos intentarán tomar la ofensiva, cosa que, de ser cierta, demostraría que aquel general ha recibido refuerzos considerables. También los han recibido los japoneses, quienes además emplean para los servicios de reconocimientos numerosas partidas de bandidos kunguses, los cuales dan pruebas de gran valor. Los tres ejércitos de Kuroki, Okú y Nodzú ocupan un frente que llega hasta 32 kilómetros al Norte de Liao-Yang.

Ha circulado últimamente el rumor de que el general Kuropatkine ha salido de Mukden, dejando en ella sólo 30.000 hombres al mando del general Stackelberg, y se ha dirigido á Tie-Ling, ciudad que ha sido transformada en un gran campo atrincherado con una triple línea de alambres, habiéndose construido varios fuertes en los montes del Sur y del Este y otros que protegen la vía férrea. Que Tie-Ling ha sido fortificada es indudable; lo que ya parece más dudoso es que Kuropatkine haya hecho de esta ciudad el centro de las nuevas operaciones.

Se ha recibido un despacho oficial del general Stoessel, del 23 de septiembre, que confirma las noticias que dimos en nuestra anterior crónica sobre los asaltos del 19 al 22. Los japoneses ocuparon en esta última fecha la montaña Alta, posición de gran importancia para los rusos, y el general Stoessel, en vista de los grandes peligros que ofrecía la operación, no quiso ordenar que fuese recuperada, sino que apeló para ello á los voluntarios. Todas las fuerzas de la guarnición respondieron con entusiasmo á este llamamiento, y entonces se formó una columna al mando de dos oficiales que dió el asalto á la montaña y consiguió arrojar de ella al enemigo. Los rusos calculan que durante estos cuatro días de combate tuvieron los japoneses 10.000 bajas.

Otras noticias no oficiales, sino procedentes de Che-Fu, dicen que el 26 dieron los sitiadores un nuevo asalto, con el mismo resultado que los anteriores, es decir, que después de haberse apoderado de algunas posiciones rusas, hubieron de abandonarlas; y añaden que los sitiados hicieron volar por medio de alambres eléctricos un fuerte por ellos minado que había caído en poder de los japoneses, á consecuencia de lo cual perecieron 6.000 de éstos. El 28, el 29 y el 30, según las mismas noticias, hubo otros sangrientos combates; los rusos, al parecer, querían recuperar el fuerte Kuropatkine que perdieron pocos días antes y que tiene para ellos mucha importancia, pues domina la conducción del agua potable, pero no lograron su objeto. Las pérdidas por ambas partes fueron terribles, tanto que el general Stoessel concedió á los japoneses un armisticio de algunas horas para que pudieran enterrar á sus muertos, ya que los chinos, que son los que generalmente se dedican á esta fúnebre tarea, habían huído.

Asegúrase que las pérdidas del ejército japonés sitiador de Puerto Arthur, desde el comienzo del sitio, ascienden á 30.000. En cambio, las autoridades japonesas dicen que durante el mes de septiembre sólo han tenido 2.700 bajas. Esta última cifra resulta verdaderamente irrisoria, si se tiene en cuenta que precisamente en septiembre se han trabado los combates más encarnizados, en los que se ha hablado de batallones enteros destruídos por la explosión de las minas. Quizás sea también exagerada la otra, la de 30.000; pero de fijo se aproxima ésta más á la verdad, si es cierto, como se afirma y es casi seguro, que los japoneses luchan dando pruebas de un valor rayano en temeridad y con desprecio absoluto de la muerte. No se necesitan grandes conocimientos militares para asegurar que batiéndose en estas condiciones, casi siempre á pecho descubierto y en continuos asaltos, las pérdidas de los sitiadores han debido ser enormes. Y algo debe haber de esto y algo de esto debe saberse en el Japón cuando la prensa de aquel país comienza á decir que la toma de la fortaleza á corto plazo no es necesaria y que es inútil sacrificar

más existencias tratando de tomarla por asalto. Francamente, 2.700 bajas en un mes no justificarian este lenguaje.

Y ya que hablamos de pérdidas de los beligerantes, diremos que según un corresponsal británico que acompaña al primer ejército japonés, desde las batallas del Yalú y de King-Cheú (prescindiendo de las operaciones de Puerto Arthur), los rusos han perdido 50.000 hombres y los japoneses 35.000.

Un eminente diplomático, muy conocedor de los asuntos del Extremo Oriente y que ha hecho largos viajes por China y Japón, hizo hace poco á un periodista francés algunas declaraciones sobre el actual conflicto ruso-japonés que nos parecen en extremo interesantes. En su concepto, sea cual fuere el resultado definitivo de las sangrientas batallas libradas últimamente y próximas á librarse, no son sino los primeros actos del drama que en la Mandchuria se desarrollan, pudiendo los demás complicarse mucho más gravemente de lo que en general se cree.

—Es preciso, decía, tomar como punto de partida el hecho de que Rusia no estaba preparada para la guerra; pero si los efectos de esta imprevisión se traducen para ella en fracasos y derrotas, también gastan las fuerzas de su adversario, que no son inagotables. Los japoneses pagan muy caras sus victorias y día vendrá en que no podrán oponer á los batallones rusos reforzados más que efectivos diezmatos; en previsión de este hecho, que la guerra, si se prolonga, ha de producir necesariamente, el Japón estudia los medios de llenar los huecos de sus ejércitos introduciendo en ellos subrepticamente el elemento chino. Desde hace algún tiempo en el ejército chino se notan numerosas deserciones que aumentan sin cesar; y estos desertores entran al servicio del Japón, el cual tiene de este modo un depósito de soldados al que podrá recurrir mientras Europa no se oponga. No hay que exagerar este peligro; porque, después de todo, no basta disponer de hombres, sino que es preciso hacer de ellos soldados aguerridos, equiparlos, armarlos, en una palabra, ponerlos en condiciones de poder entrar en fuego, lo cual exige sacrificios pecuniarios que el Japón no podrá resistir si la guerra dura, y es indudable que Rusia la hará durar; pero de todos modos el peligro existe, y como será proporcionado á los recursos financieros de que el Japón logrará disponer, sería una insensatez no tenerlo en cuenta.

Preguntado acerca de si, en su concepto, el Japón encontrará estos recursos, respondió:

—No, no lo creo. Sus actuales victorias no aumentan su crédito, porque nadie cree en la derrota definitiva de Rusia. Por otra parte, ¿en dónde encontraría tales recursos? En Francia y en Alemania, de ningún modo; en cuanto á Inglaterra y á los Estados Unidos, en los comienzos de la guerra parecían dispuestos á proporcionárselos, pero en ambas naciones

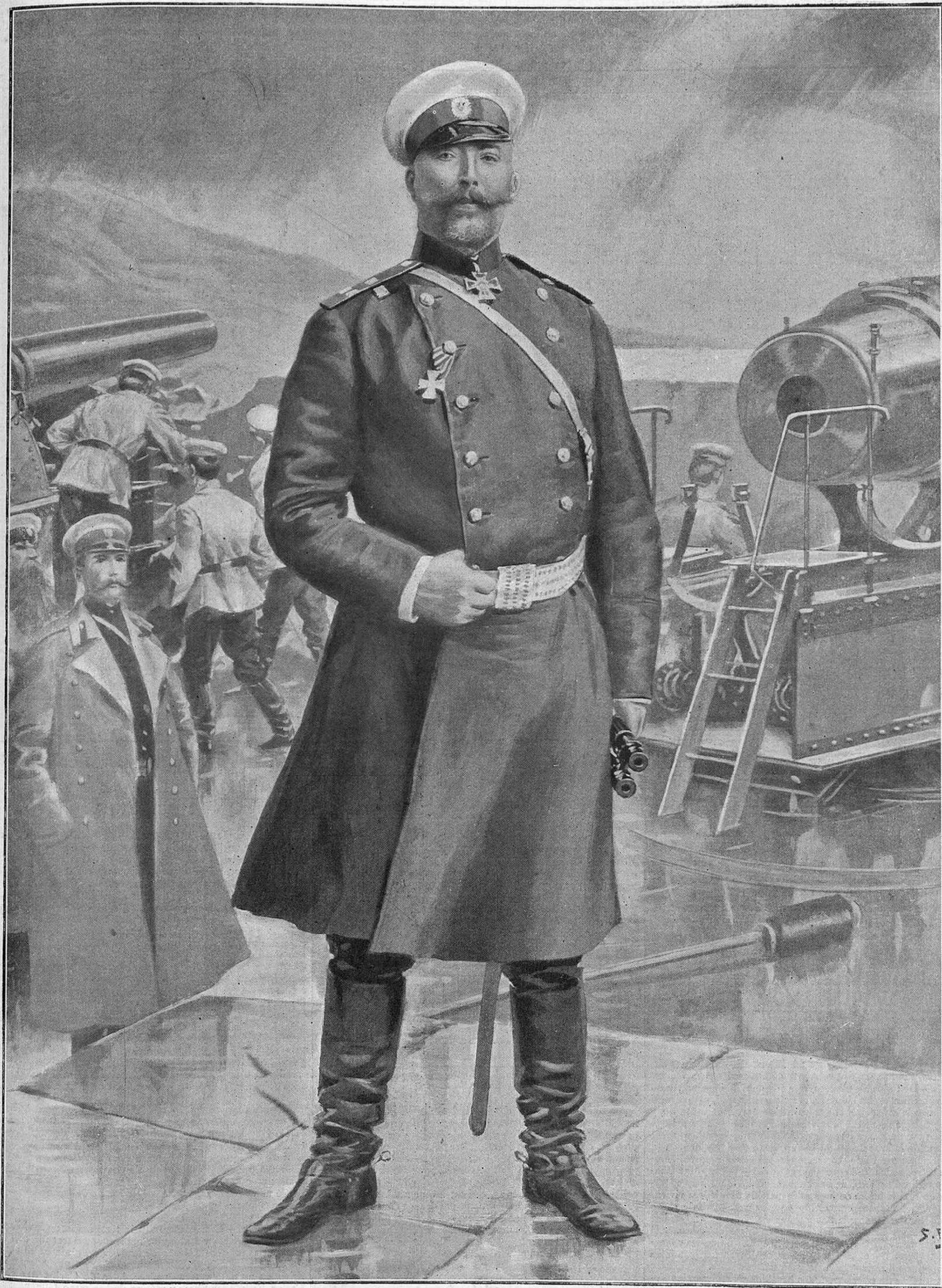


GUERRA RUSO-JAPONESA.—Una muestra de la perfecta organización administrativo-militar de los japoneses. Un convoy de víveres y municiones en la Manchuria. Los carros están dispuestos de modo que lo mismo pueden circular por las carreteras que por las vías férreas. (Croquis del natural de Melton Prior.)

Have been made  
under the  
most modern  
method in  
the world

Melton Prior  
Convoys and their cars are  
traced up in the world's history

Japanese method of  
difficulties of getting stores to the front  
and many transports



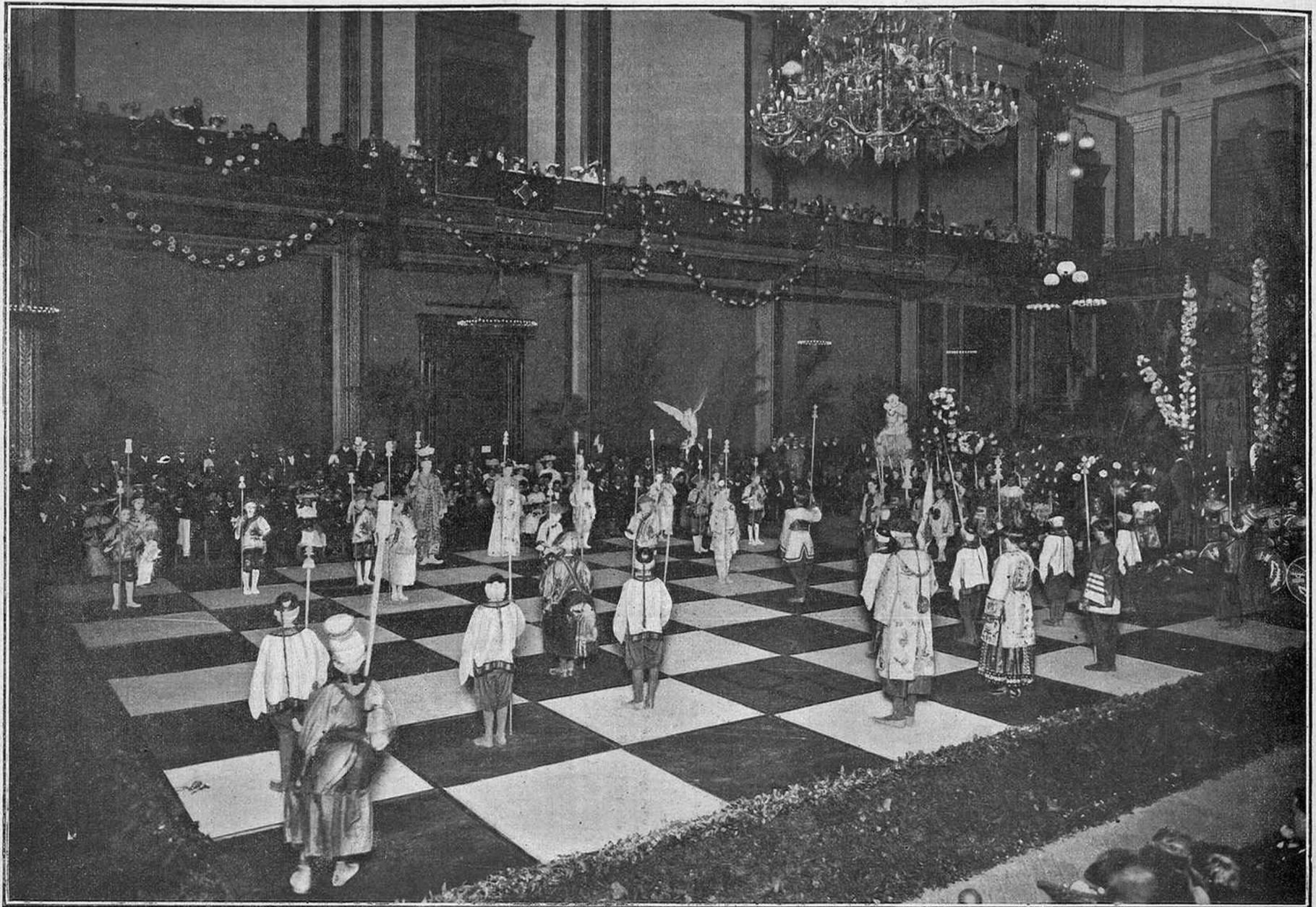
GUERRA RUSO-JAPONESA.—El héroe de Puerto Arthur.—El general Stoessel inspeccionando las baterías de las murallas, dibujo de S. Begg

El general Stoessel, cuya heroica defensa de Puerto Arthur es objeto de universal admiración, es un trabajador infatigable, hombre de pocas palabras, poco aficionado á la sociedad. Dícese que no descansa un momento y es un problema averiguar cuándo duerme, pues de noche, cuando toda la ciudad está á oscuras, sólo se ve una luz en la residencia del cuartel general. Cuando no se ocupa de asuntos de administración, visita las obras de defensa, y con frecuencia se le ve en las líneas más avanzadas. La frase «Puerto Arthur será mi tumba» constituye su mejor retrato moral y su mayor alabanza.

el sentimiento público se modifica de día en día, y aun aquellos que deseaban el triunfo del Japón comienzan á alarmarse y se preocupan de los progresos que realizaría la influencia japonesa si el Mikado lo-

alto el bastón rematado por la pieza que representaban para que los espectadores pudieran perfectamente darse cuenta de cuál era la que se movía. Las piezas ganadas por cada bando eran sacadas del tablero por un paje del bando contrario, que la conducía prisionera á su campo: los jaques al rey eran avisa-

más conoce por ser aquella con la cual en más íntimo contacto ha vivido, y así consigue producir obras tan verdaderas, tan llenas de vida, como el cuadro *Sobre el arroz*, que con justicia fué premiado con una segunda medalla en la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid.



BARCELONA. - FIESTAS DE LA MERCED. - PARTIDA DE AJEDREZ VIVIENTE QUE SE JUGÓ EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES. (De fotografía de A. Merletti.)

graba proporcionarse medios pecuniarios proporcionados á sus ambiciones. No es, pues, aventurado prever que la falta de recursos paralizará las consecuencias de sus victorias; y si así no fuese, si esas victorias siguieran su curso, nacería otro peligro, el de la intervención de Europa, temerosa del porvenir, para contener la invasión amarilla. En resumen, la guerra se prolongará, y si el Japón seguía triunfando, vería formarse en contra suya la coalición del viejo mundo, ya que la situación particular de cada nación continental, por grave que sea, carecería de importancia al lado de las complicaciones que surgirían á consecuencia de este inmenso conflicto entre Europa y Asia.—R.

#### NUESTROS GRABADOS

**Barcelona.—Fiestas de la Merced.—Partida de ajedrez viviente jugada en el Palacio de Bellas Artes.**—De todos los números que componían el programa de las pasadas fiestas, ha sido este el más importante, el que más ha llamado la atención y el que ha tenido mayor éxito sin duda alguna, debido no sólo á la novedad de la idea, que se sale de lo que es tan corriente en materia de festejos, sino además á su organización irreprochable y al buen gusto y al arte que en su ejecución han pre-ido. El efecto del salón era sorprendente: en el centro, rodeado de grupos de plantas y flores, destacábase el grandioso tablero, de baldosas de cristal blancas y encarnadas, en donde había de jugarse la partida de ajedrez viviente; el fondo hallábase convertido en pintoresco paisaje chino formado también con plantas y flores de diversas clases, por entre las cuales brillaban centenares de luces eléctricas; y el resto de la sala estaba adornado con artísticas guirnaldas y magníficos tapices. En el jardín chino se colocaron los jugadores que habían de dirigir la partida.

A los toques de trompeta de los heraldos aparecieron las piezas vivientes de cada bando, precedidas de trompeteros y portestandartes y seguidas de grupos de soldados armados de lanzas, y después de algunas evoluciones, situáronse en sus respectivas casillas, cruzáronse las banderas y comenzó la partida. A cada pieza que movían los jugadores en su tablero, iluminábase por su parte inferior el cuadro en que estaba la pieza que había de moverse y al mismo tiempo aquel al cual debía dirigirse: éste sistema de aviso, completamente nuevo en esta clase de espectáculos, se realizó por medio de interruptores eléctricos que manejaba un electricista obedeciendo las indicaciones del director del juego. Las figuras, antes de moverse, levantaban en

dos por medio de un toque de clarín, y las presas, con golpes de bombo y chinoscos.

Las figuras estaban rica y elegantemente vestidas con trajes chinos adornados con bordados preciosos.

La primera partida fué reproducción de la famosa en 29 jugadas, que hace veinticinco años jugaron en un concurso de Nueva York los celebrados ajedrecistas Max Weiss y Pollack; la segunda, otra no menos famosa, en 18 jugadas, de Pablo Morphy.

El espectáculo resultó tan hermoso y su éxito ha sido tan grande, que ha debido repetirse otras tres veces, viéndose siempre ocupadas en su totalidad las localidades dispuestas en el inmenso salón.

Los organizadores de tan agradable fiesta han sido el concejal de este Ayuntamiento Sr. Cambó, iniciador de la idea; el reputado pintor D. Olegario Junyent, encargado de la parte artística; y D. Valentín Marín, joven notario de esta ciudad y uno de los ajedrecistas más distinguidos en todo el mundo, á cuyo cargo estuvo la dirección técnica. Todos ellos y cuantos les ayudaron en su empeño merecen los más entusiastas aplausos por haber hecho una cosa verdaderamente digna de la importancia de Barcelona.

\*\*

**Anhelos, cuadro de Willibaldo Winck.**—No es verdad que, contemplando esta hermosa figura, adivinamos que en su alma se agita un mundo de deseos y de aspiraciones, y vemos cómo su pensamiento, libre de las ataduras que aprisionan sus manos, vuela por los espacios infinitos adonde ninguna sujeción llega? Pues si esto es así, ¡qué mejor elogio puede hacerse del cuadro de Winck! Cabe, sí, además señalar sus bellezas técnicas; pero éstas, con ser innumerables y descubrir la mano de un consumado artista, palidecen, en nuestro concepto, ante la intensidad de la expresión, ante el sentimiento de esta obra, que demuestra por modo evidente cómo puede el artista con medios puramente materiales crear algo espiritual, cuando guía su mano el verdadero genio.

\*\*

**Sobre el arroz, cuadro de Julio Vila-Prades.**—Paisano y discípulo de Joaquín Sorolla, sigue Vila-Prades las huellas de su maestro; nadie le censurará por ello á buen seguro, porque cuando se trata de quien ha recorrido el camino que le ha llevado al templo de la fama, los que siguen sus pasos no merecen el nombre de imitadores, sino el de artistas ansiosos de aprovechar los hermosos ejemplos y las sabias enseñanzas de quien les inició en las bellezas del arte. Vila-Prades, como Sorolla, busca su inspiración directamente en la realidad que

#### MISCELÁNEA

**Bellas Artes.—BARCELONA. —Salón París.**—La dirección de la revista artística «Forma» que se publica en esta ciudad ha organizado recientemente en el Salón París una exposición muy notable de obras de reputados pintores. Figuran en ella unos plafones decorativos para comedor de José María Sert, composiciones todas de grandes alientos y con admirables detalles de ejecución; varios retratos al carbón, originales de Ramón Casas, de personajes madrileños, que son un modelo de expresión como todas las producciones análogas del genial artista; unos hermosos apuntes de Joaquín Sorolla; dos bellísimos estudios de Francisco Villegas; una bonita nota del río Piedra de Muñoz Degraín; dos notas madrileñas de Beruete muy bien concebidas y ejecutadas; algunas acuarelas de Olegario Junyent, recuerdos de sus viajes por Alemania, Bélgica, Francia é Italia, dignas de la fama del celebrado artista; varios proyectos de escenografía de Vilumara, muy hábilmente compuestos; algunos notables aguafuertes de Lhardy, Molin y Baroja; un precioso estudio de Zorn; varias marinas de Meifrén, de admirable factura; unos estudios de Benedito para el cuadro *Los avaros*; unas gitanas de Nonell de brillante colorido; una graciosa cabeza de estudio de Carlos Pellicer; unas deliciosas figuritas de Cidón; y unos originalísimos dibujos á la pluma de Torné Esquius.

**Espectáculos.—París.**—Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *La dame du 23*, vaudeville en tres actos de Pablo Gavault y Alberto Bourgain; en el Vaudeville *Les trois anabaptistes*, comedia en cuatro actos de Alejandro Bisson y Berr de Turique; en el Gymnase *Le Friguet*, comedia en cuatro actos tomada de la novela de Gyp, del mismo título, por Willy; y en el Odeón *Le grillon*, comedia en tres actos tomada de una novela de Dickens por M. L. de Franemesnil, con números musicales de Massenet.

**Barcelona.**—Han comenzado la temporada de invierno los teatros de Romea y Eldorado, habiéndose estrenado con buen éxito en el primero *L'hostal de la Guatlla*, pieza en un acto de D. Teodoro Baró; y en el segundo *Los pícaros celos*, sainete lírico en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches y Carlos Fernández Shaw y música de Jerónimo Giménez; *¡Lagarto! ¡Lagarto!*, juguete cómico en un acto de E. López Marín; *El abuelito*, sainete lírico en un acto y tres cuadros, letra de A. Fernández de la Puente, música del maestro Fernández Caballero; y *El ciego de Buenavista*, sainete lírico en un acto y tres cuadros de Antonio Domínguez y Juan Toral, música del maestro Tomás L. Torregrossa.

**EXTRA-VIOLETTE** Véritable Parfum de la Fleur.  
VIOLET, 29, B-I talians, Paris

# LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—¿Qué?  
—Ya lo sabes; el momento en que tu negativa no sea un obstáculo.

—Y entonces, los dos en plena rebelión, ¿qué haréis? ¿De qué viviréis? Él tiene dos ó tres mil francos de sueldo.

—Tiene la fortuna de su madre, que ha muerto, como la mía.

Y añadió tristemente:

—Y de quien nadie se acuerda en su casa, como de mi pobre madre en la tuya.

El banquero se encabritó ante esa acusación, por lo mismo que era merecida.

—Perfectamente, dijo. Veo que todo está arreglado y combinado...

Y volviéndose hacia los abuelos, que no sabían lo que les pasaba, añadió:

—No felicito á usted, señora, por el modo que ha tenido de vigilar á esta niña...

—¡Es inaudito! ¡Es odioso!, gemía la buena anciana. ¡Esta chica habla como la otra, como la infeliz á quien tanto se parece! ¡Se subleva como ella!

—¡No!, exclamó rudamente el banquero, á quien la cólera iba ganando poco á poco. ¡Las cosas no llegarán á ese punto! Yo no soy un padre de comedia, y durante un año tengo derecho á que se respete mi autoridad.

—No pienso substraerme á ella. Déjame como estoy. No creo que esto sea una rebelión.

El padre reflexionó un momento, mientras la abuela se enjugaba los pobres ojos, viendo á aquella niña cruel, pálida, resuelta é indomable. ¡Ah! ¡Indomable y cruel como la otra!

Pero el banquero dijo, con su voz incisiva de los días de tempestad:

—No apelo á tu sensibilidad ni á tu respeto. Sería inútil, y no se trata aquí de cuestiones de sentimiento. He venido para proponerte un matrimonio que agrada á tus abuelos y á mí, mejores jueces que tú, puedes creerlo, para asegurar tu dicha. ¿Rehusas?

—Sí, padre mío. Me causa gran pena el resistirte...

—No te molestes en dorar tu negativa. ¿Es formal?

—Sí.

—No insisto, pues. No tengo derecho á imponerle un matrimonio que te desagrade.

—Pues bien, no hablemos más de él... Me comprometo á no abrir más la boca...

—No; me tomas por un imbécil y haces mal. Sé muy bien que continuarías, bajo la vigilancia poco hábil de tus abuelos, el noviazgo que has contraído silenciosamente, y que irías contando los días que te faltan para ser mayor de edad. Pero el papel de Cassandra no nos conviene ni á tus abuelos ni á mí. Veo que los aires de la Zarzalera no te sientan bien y voy á hacer que los cambies.

Graciana lo había previsto todo menos aquello, y echó mano de todas las armas en una lucha tan desesperada.

—¡Ah! ¡No, exclamó audazmente, no, no quiero volver á casa...! Tengo para ello mis razones que tú conoces y que no puedes menos de respetar. Ya sabes, por otra parte, á quién desagradarías llevándome, y tú no has vacilado nunca para prescindir de mis penas con tal de dar gusto á tu mujer...

Los abuelos miraban á otra parte y estaban ya á punto de estremecerse al recordar cuál era la causa primera de todo aquello.

Delestang, pues, conoció que era preciso violentar el desenlace.

—Está bien, dijo; no te obligaré á volver á casa puesto que tanto te disgusta.

—No me disgusta, dijo la joven con voz sorda, pero soy allí desgraciada.

Cuando Delestang dijo:

—Vas á empezar tus preparativos, hija mía. Hay un tren esta tarde.

El abuelo se contentó con responder:

—¿Trata usted de llevársela hoy? Ya no habrá tiempo; tendrían ustedes que estar dispuestos dentro de una hora.

El banquero reflexionó y dijo:

—Es verdad; pero yo tengo que marcharme esta tarde, pues me esperan unos clientes mañana temprano. Además, conviene que vaya á prevenir á la superiora del convento. No puedo llegar de improviso y decir: «Aquí traigo á esta hija indisciplinada para preservarla contra ella misma.» Aunque no sea más que por amor propio hay que guardar las formas.

Y añadió, dirigiéndose á la abuela:

—Mañana por la tarde hará una visita á la superiora y pasado mañana podrá Graciana instalarse en el convento. Si he de decir la verdad, celebraré no verme obligado á contar esta ridícula historia á una persona á la que mi hija se ha empeñado en ser extraña. Pido á usted, pues, como un servicio que acompañe usted misma al convento á esta muchacha en cuanto acabe sus preparativos. Durante estos dos días no quiero que mi hija vuelva á ver á ese hombre.

—No le verá, respondió la anciana; se lo garantizo á usted. Tendré que hacer con

ella el papel de carcelera, puesto que me obliga, lo que es duro á mi edad tratándose de mi nieta...

—No, abuela, dijo Graciana haciendo un gran esfuerzo para no romper á llorar. Prefiero prometerle que..., hasta mi partida..., no saldré de aquí.

Y se escapó á encerrarse en su cuarto. Allí podría, al menos, llorar á sus anchas; llorar sobre todo de cólera impotente.

Pues en cuanto á desanimarla y reducirla, no la conocía quien quisiera intentarlo.

En el comedor, donde el el Baco dorado señalaba melancólicamente la hora con su tirso, Delestang decía encogiéndose de hombros:

—En un año pasan muchas cosas y puede pasar también el olvido por esta cabeza de chorlito.

\* \* \*

Hacia un gran rató que Marieta andaba rondando por allí.

Había oído desde la cocina voces descompuestas, y la buena mujer, tan ciega y enteramente adicta á su ama, comprendió que se trataba del momento de la crisis.

Después había visto pasar á Graciana como un huracán y subir corriendo la escalera que, á la moda del país, conduce desde la cocina al piso de arriba.

La criada la siguió sin hacer ruido y se puso á escuchar con la oreja pegada á la puerta.

Pronto oyó un sollozo que la pobre niña no pudo contener.

La buena mujer abrió entonces la puerta.  
—¡Soy yo, señorita Graciana!.. ¡Tan crueles han sido con usted!

—¡Marieta!, dijo la joven enjugándose febrilmente las lágrimas; Marieta, ¿me quieres?

—¡Ah, señorita, no quiero á nadie más que á usted! —Empiezan mis grandes penas.



Marieta, ¿me quieres?

—No digo que no; pero hay un sitio en el que las muchachas de tu edad no se consideran desgraciadas y en el que están á veces hasta su mayor edad. Allí es donde vas á hacerme el favor de volver.

—¿Al convento!

—Al Sagrado Corazón de la Ferrandiere, sí.

—¿Quieres que me encierre!..

—Allí, al menos, estaré seguro de que no te comprometes con amoríos, que deben ser ya objeto de todas las habillitas de Saint-Romain.

—Te lo ruego, papá; nada podría serme más desagradable ni más odioso...

—Te he dicho mi voluntad. A casa ó á la Ferrandiere; elige.

—¿Y si te prometiese, si consintiese en no volver á ver á...

—¿Me prometerías olvidarle?

—¡Eso, nunca!, respondió Graciana con firmeza. Ni en el convento ni aquí.

—Pues yo prefiero el convento, y estoy seguro de que tus abuelos aprueban la decisión á que me obliga tu rebeldía.

Graciana dirigió á los viejos una mirada de angustia. Pero ellos respondieron, Girardot con un gemido y su mujer con un suspiro, que era una aprobación.

La joven no podía contar con su piedad, y, sin embargo, si ellos hubiesen querido habrían podido evitar aquella resolución humillante y ridícula.

Los ancianos hubieran podido decir: «No se envía ya al convento á una muchacha de veinte años, y nos quedamos con ella. Al hacerle su casa insostenible ha renunciado usted á los derechos de padre. Además, no hay ya derecho para encerrar á una persona á quien dentro de un año habrá que rendir cuentas. Ningún tribunal la obligaría á someterse á semejantes caprichos.»

Pero no; no dijeron nada de esto, y con su silencio afirmaron que no querían protegerla ni darle siquiera un asilo.

—¿Su papá de usted?..  
—No ha tenido piedad de mí.  
—¡Oh!.. Él... exclamó la criada con acento de rencor.  
—Me ha dado á elegir entre volver á casa ó meterme en el convento.

—¡Quiere que se meta usted monja!  
Graciana no pudo menos de sonreír.  
—No, hasta que cumpla veintiún años. Y yo no quiero volver á casa.

—No me extraña... Para encontrarse con la otra... ¡Pero al convento!.. Está loco ese señor... Una mujer como usted es ya... Pero su abuelo de usted lo impedirá.

—Es él quien me va á llevar pasado mañana. Si no hubiera sido por mis preparativos, papá quería llevarme esta misma noche.

—¡Oh! ¡Mi pobre señorita!  
—No tenemos tiempo para lamentarnos, Marieta. La abuela puede venir de un momento á otro y hay que avisar á Pedro.

—¿Pero dónde podrá usted verle?  
—No podré. He prometido no salir de casa hasta mi partida y quiero cumplirlas la promesa.

—Entonces, para verle...  
—Esa es mi pena más grande, Marieta; que no le veré. Esto es lo que tienes que ir á decirle. Pero debes añadir que le amo y que dentro de diez meses seré la misma... Que cuento con él como él debe contar conmigo... Y le dices después estas palabras: «Á pesar de todo.»

—Sí, señorita, «á pesar de todo.»  
—Cuéntale además que no he podido escribirle porque puedo ser sorprendida á cada minuto, pero que esta tarde le escribiré largamente, se lo contaré todo y le diré...  
Se oyeron voces.

—¡Vete, vete corriendo! Si te sorprenden aquí todo está perdido.

¡Qué tarde aquella!  
Delestang se marchó sin que su hija le viese más, y á los pocos momentos se presentó por fin la abuela.  
—Ven á cenar, Graciana.

La joven la siguió sin decir palabra y se sentó á la mesa en su sitio acostumbrado, entre los dos ancianos.

Ambos la miraban de reojo, como avergonzados al verla tan rebelde, «tan descastada,» pensaba Girardot recordando sus nogales; «tan insensible,—se decía la anciana—ante la amargura de su abuela.»

La muchacha, rígida, silenciosa, violenta, parecía seguir con la vista una imagen que la absorbía y que levantaba entre ella y los pobres viejos un muro de hielo.

La cena se acabó muy pronto, sin que ni unos ni otros hubieran comido nada, y Graciana se levantó en seguida de la mesa.

—¿Adónde vas?, preguntó la abuela.  
—A mi cuarto.  
—¿A empezar tus preparativos?  
—Sí, abuela.  
—¿Quieres que te ayuden?  
—No, gracias.

Y se dirigió á la puerta diciendo con los dientes apretados:

—Buenas noches.  
—¿No vuelves á bajar?  
—No.  
—Buenas noches, entonces, pobre hija mía.

Graciana encontró en la escalera á Marieta que estaba al acecho.

—¿Le has visto?  
—Sí. Me ha recomendado mucho que repita á usted las mismas palabras que yo acababa de decirle: «Á pesar de todo.»

Graciana sonrió débilmente. Aquella era su primera alegría desde que tan desgraciada la habían hecho.  
—Mañana le llevarás una carta.

Y como ya sabía lo que le interesaba y todo lo demás le era indiferente, se metió en su cuarto y cerró la puerta con llave.

¡Por fin estaba sola y dueña de sí misma! Nadie iría ya á molestarla.

En el primer momento se quedó indecisa. Así, pues, había que empezar aquella tarea del viaje, tan alegre cuando es para partir con el que se ama hacia los países de sol y de azul, y tan odiosa cuando es el primer paso para hundirse en el aislamiento y la gran opresión, cuando sólo se tiene la perspectiva de una casa fría y hostil, de una cárcel en la que sería tan imposible penetrar á los que quisieran ir á ella, como á ella el poder escaparse.

Abandonándose á sus tristezas, se dejó caer en un antiguo y solemne sillón, que le hacía mucha gracia en otro tiempo y en el que por las mañanas, en una

perezosa languidez, veía tantas cosas queridas—todas lo son en los países en que se es feliz;—la era de trillar el trigo, el pozo al que iban á beber los bueyes, rozando apenas con el hocico el agua de la pila...

Pero ahora era de noche, una noche húmeda que envolvía en sus sombras las frondosidades que rodeaban á la casa y que cubría la montaña con una bruma azulada.

Y con la mirada perdida en las formas vagas de la obscuridad, Graciana pensaba:

«¡Diez meses!.. ¡Dios mío! ¡Qué largos son diez meses sin verse nunca!..»

La joven sufrió un brusco estremecimiento.

«¡Ah! ¡Y sin tener tampoco noticias!..»

¿Cómo tenerlas? Sabido era que en el convento, más que en parte alguna, se interceptan las cartas y se leen con microscopio...

Marieta no le servía allí de nada. Era aquello la separación absoluta de los cuerpos y de las almas. Pedro podía estar enfermo..., herido..., morirse..., y ella no sabría nada, ni sospecharía siquiera el peligro. ¡Estaría indiferente durante su agonía!

¡No! ¡No era posible!

Su padre abusaba y se excedía en su derecho. ¡Su derecho! ¿No le había perdido al darle una madrastra y haciendo que su hija saliese de su casa por una serie de injusticias y de faltas de energía que eran otras tantas abdicaciones?

Cuando se quiere ser un padre obedecido, hay que permanecer en el papel de padre. De otro modo, no es extraño que los hijos se subleven...

¡Sublevarse! Esta palabra hizo nacer en su mente un pensamiento, un recuerdo; el de la joven que había ocupado antes que ella el mismo cuarto, que se había desesperado sin duda como ella en aquella antigua butaca y que, más resuelta que ella, se había sublevado realmente, y más aún, libertado...

¡Aquella Camila! Todavía estaba en la Zarzalera cuando Graciana llegó á la edad en que ya se recuerdan las cosas. Su tía era cariñosísima con ella y siempre le preguntaba, entre besos y caricias: «¿Me quieres, Graciana? Tienes que quererme mucho...»

De pronto había desaparecido y no se la vió más. ¡Ah! Aquella no había vacilado...

La abuela no hablaba nunca de esas cosas, pero Graciana conocía la historia. Los niños tienen el arte de disimular su atención cuando escuchan las cosas que se dicen. Y más tarde, Marieta había hablado.

También á Camila le habían rehusado lo que ella suplicaba, y sin embargo, su elección no era tampoco vulgar, puesto que amaba á un gran artista que se lo había hecho ser también á ella.

Pero no era regular su situación. ¿Por qué? Marieta no sabía más que ella y Graciana no había podido preguntar á nadie el porqué de tal irregularidad.

Lo que sí había oído decir mil veces á su padre era que Camila Girot gozaba del respeto de todo el mundo como mujer ilustre.

Hasta había oído añadir: «A cierto grado de talento y de celebridad se conquista el derecho á la independencia en el modo de vivir, y Camila Girot lo ha conquistado gloriosamente.»

Pero Graciana no aspiraba ni á esa celebridad ni á esa independencia.

¡Dios mío! ¡Cuánto menos complicado era su hermoso y querido programa de dicha!

Llegar á ser la compañera amada, exclusivamente amada, del hombre á quien había reconocido como dueño. Nada más podía desear. Esa sería la realización de sus sueños.

¡Ah! ¡Qué lejos estaba aún de realizarlos!

Y en la confusa mezcla de aquellos recuerdos, de aquellos deseos y de aquellas tristezas; en la movible visión en que se sucedían aquella Camila, de la que ella era el vivo retrato, y aquel Pedro, hacia el que volaba su corazón; en la atmósfera de aquel cuarto en el que la sublevada de otro tiempo había proyectado y combinado la fuga, y ante el espanto de aquellos diez meses de prisión en el convento, cuyas sombrías salas se le representaban como negros calabozos, una idea surgió en la mente de Graciana como resultado de aquel tumulto:

«¿Por qué no he de hacer yo lo mismo que ella?» Y á ese pensamiento siguió este otro:

«Todos se unen en contra mía y se combinan para enloquecerme. ¿Por qué no he de ir á pedir socorro á aquella á quien también ellos impulsaron á las resoluciones desesperadas?»

Graciana empezó á madurar esta idea, á estudiarla y á complacerse en ella.

«Estoy segura de que Camila Girot no me rechazaría y me daría asilo. La encontraría en su casa de París, y allí, bajo su protección, esperaré el momento en que mi padre no tendrá ya derecho para impedirme que sea dichosa... Además, allí podré, al menos, hablar algunas veces con Pedro..., y escribirle

cuando quiera. Mi tía verá en seguida que he escogido bien y no cerrará la puerta al que debe ser mi marido. No podrá menos de recordar lo desgraciada que ella fué. Y una vez allí, ¿quién sospechará mi retiro? ¿Quién podrá hacerme salir de él? El día en que sea libre y salga de allí por mi voluntad, podré decir muy alto: «Aquí he estado durante diez meses... La que me ha protegido responde de mí.» Y Pedro, que tiene todavía dos meses de licencia, irá á pasarlos en París y encontraría después medio de ir de vez en cuando; esto aparte de que todos los días nos reuniría una carta que lo diría todo, que lo recordaría todo...»

Graciana se levantó de pronto y fué á hojear febrilmente una guía de ferrocarriles que tenía en su escritorio.

Un tren para París... Sí, tomando el que pasa á las cinco de la mañana, se llega á Valence un cuarto de hora antes del rápido, que llega á París á las seis de la tarde...

Las cinco de la mañana. Habría que salir de la Zarzalera á las cuatro y á esa hora los abuelos no están levantados. Poco importaban los labradores y las criadas... Ya sabría ella salir sin ser vista.

¿Qué equipaje necesitaba? Era verano. En el saco de mano, sus alhajas y su dinero, y un abrigo al brazo. Al verla pasar, todo el mundo creería que iba á dar un paseo como tantas otras mañanas.

Tenía dinero. Allí no gastaba casi nada de sus mensualidades y el abuelo le daba además algún luis que otro cuando había hecho algún negocio ó cobrado algún arriendo. ¡Pobre abuelo! No sospechaba él para qué iba á servir su dinero...

¡Ah! No debían haberla abandonado... No debían haber aceptado aquella decisión humillante y abominable...

Sin embargo, Graciana dió un suspiro en el que se exhalaba mucho remordimiento.

—¡Qué desgraciados van á ser!

Pero frunciendo sus negras cejas pensó en seguida: «Ellos no han temido hacerme desdichada. Además voy á escribirles.»

Y muy trémula, cogió un pliego de papel.

«Querida abuela: Voy á causarte una pena, lo sé y lo lamento en el alma, pero te juro que tenéis tanta culpa como yo. Al menos el pesar que os doy no durará toda la vida, como el dolor á que queríais condenarme. No puedo resolverme á ir al convento, en el que creo que me moriría de desesperación, y voy á pasar estos diez meses donde no quiero que se me persiga ni que se me moleste, por lo que no puedo daros mi dirección.

»Pero estad seguros de que estaré al abrigo de toda sospecha y de toda censura y de que seré digna del cariño que me devolverás cuando vuelva á pedirte perdón para mí y para el hombre á quien amo y que no tiene nada que ver con mi partida, pues la ignora todavía. Di á papá que si tomo esta resolución extrema es por su culpa; pero repítele que su hija no olvidará nunca lo que se debe á sí misma y lo que debe á su familia. Si desobedece una orden que encuentra injusta y rigurosa, no olvidará nunca lo que una joven no debe olvidar.»

Volvió á leer la carta, añadió una frase de despedida y la cerró resueltamente. En seguida escribió esta otra:

«Pedro: No quiero, no puedo estar tanto tiempo separada de usted, porque me mataría la pena. Me voy á París, donde mi tía Camila Girot me dará asilo y usted será la única persona en el mundo que lo sepa.

»Llegaré esta tarde á las seis. Vaya usted pronto, querido amigo, á reunirse conmigo, y durante los dos meses que le quedan de libertad podremos vernos á menudo sin que nadie piense en censurarnos ni en calumniarnos. Allí haremos nuestros queridos proyectos, que no serán castillos en el aire, sino felicidades de realización segura y próxima.

»Ameme usted, querido amigo, á pesar de todo, como le ama la que es suya para siempre.»

Cerró las dos cartas y buscó con inquietud si había en su escritorio sellos de correos.

Sí; podría hacer lo que había pensado. Entonces miró la hora.

Había pasado el tiempo y pronto iba á amanecer.

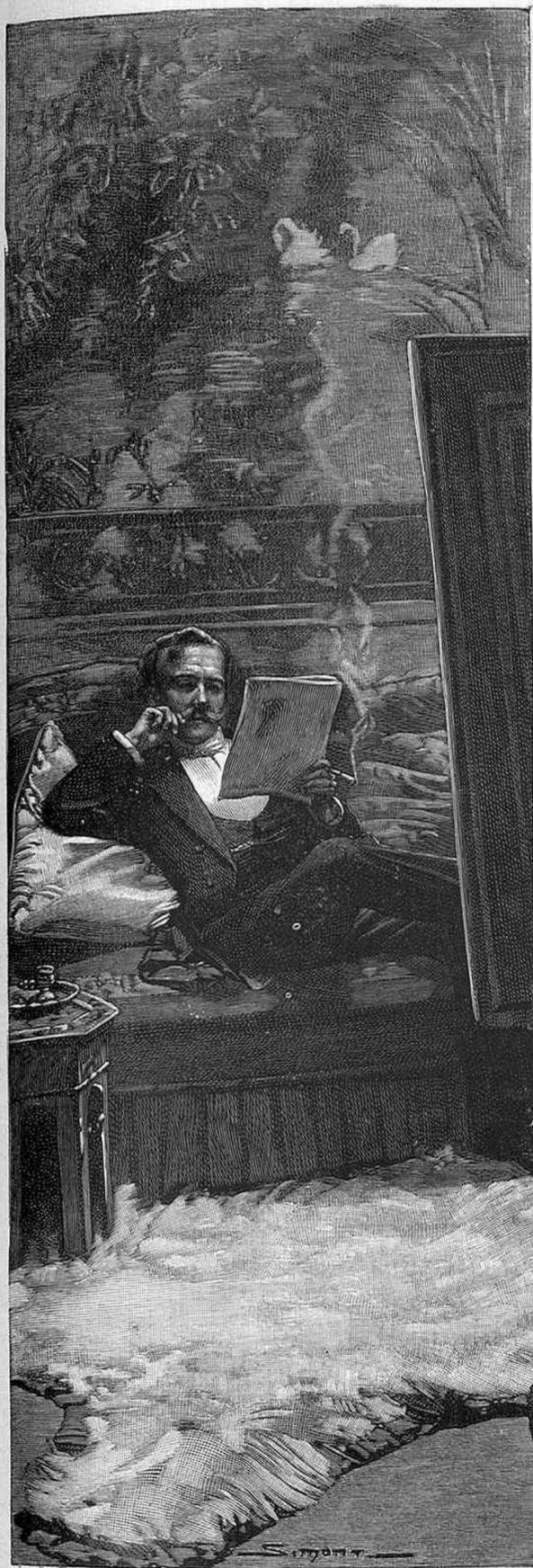
Graciana sintió un estremecimiento... de duda, de temor, de irresolución. Pero ésta no duró. La joven se levantó con un gesto nervioso de desafío y dijo:

—¡Vamos!

En seguida empezó sus preparativos, que hubieran espantado á la pobre abuela, que dormía muy cerca. Metió en el saco una porción de cosas indispensables. Se puso un vestido de viaje muy elegante y muy sencillo.

Y cuando, un poco antes de las cuatro, empezaron

á despertarse en la casa de labor los primeros ruidos de la mañana, cogió el paraguas y el saco, disimulando debajo del abrigo de verano puesto en el brazo,



Se instaló en un diván atestado de almohadones.

—Lo hago para volver más pronto.

—Bien pensado.

Como en la noche de su llegada, Graciana estaba sola en la estación. Durante el trabajo de los campos no viajan los campesinos.

El tren iba á llegar.

Graciana echó sus dos cartas en el buzón movable, donde las llevarían á la estación siguiente para traerlas después á Saint-Romain. De este modo la fugitiva tendría tiempo para alejarse antes de que nadie pensase en perseguirla.

En Valence tomaría el billete para París en la confusión de una ciudad desconocida, y su pista se perdería por completo.

La hora se aproximaba. El mástil rojo de la señal se bajó por fin; se vió obscurecerse el rosado horizonte con una nubecilla de humo gris; oyóse el silbido de la locomotora, y á los pocos segundos paró el tren.

Bernardo abrió á Graciana un coche vacío.

—Buen viaje, señorita Graciana, dijo cerrando la portezuela.

—¡Gracias!

Muy pálida, se sentó en un rincón.

—¡Está hecho!, murmuró.

Y sintió que su corazón se oprimía como si fuera á sucederle una desgracia.

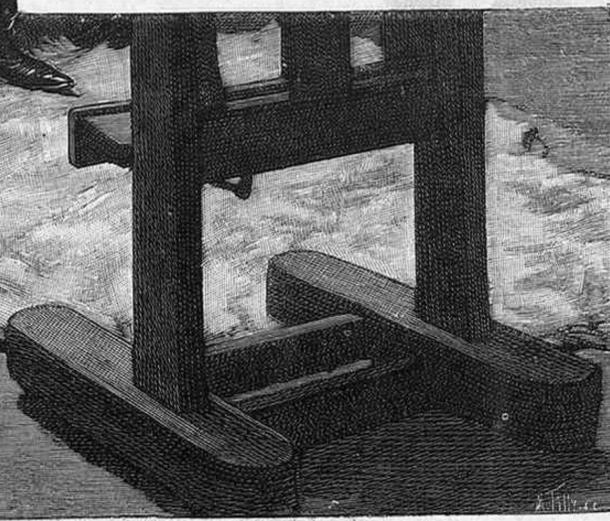
\* \* \*

En su hotel del *boulevard* Pereire, estaba aquella tarde Camila Girot vistiéndose para ir á comer.

Caía la tarde. Hacia el Oeste y á través del verdor, ya incoloro, de los árboles, aparecía el cielo surcado por los rayos rojos que iban también á apagarse.

El gran estudio de la planta baja estaba ya iluminado.

La claridad de las potentes lámparas, cuyas pantallas apenas rosáceas tamizaban la luz sin disfrazarla, penetraba en aquella confusión de telas, de molduras, de tapices; en toda aquella mezcla, en la que los esbeltos mármoles ponían notas blancas y ambarinas y en la que todo estaba dispuesto para el goce de la vista y para la armonía de las disonancias. Todo en aquella tarde daba realce en el estudio al lienzo, ya terminado, que un visitante—amigo íntimo cierta-



abrió la puerta suavemente y bajó de puntillas la escalera.

En la cocina no había nadie. Marieta no debía de estar levantada y Francisca había ya salido, dejándose abierta la puerta que daba al corral de los plátanos.

Graciana llegó al patio y dirigió una mirada rápida y ansiosa á la casa que dormitaba todavía, mientras la granja estaba ya llena de los rumores del alba.

En el bosque, el sol derramaba sobre las encinas sus rayos de oro... Y hete aquí que el perro se adelantó muy alegre al encuentro de Graciana.

—Adiós..., adiós, mi pobre perro, dijo la joven muy bajito. ¡Anda á tu cama! ¡Pronto!..

El buen animal obedeció dócilmente. Graciana entonces llegó á la puerta del jardín que salía directamente al campo...

Nadie la había visto, y la joven se encontró en el camino que conocía tan bien y metida en lo desconocido de su loca aventura.

Tres cuartos de hora después, llegaba á la estación de Saint-Romain.

El jefe no se había levantado todavía y sólo estaba allí Bernardo, el factor, para vender los billetes.

—Una primera para Valence.

—Temprano sale usted, señorita Graciana.

mente, puesto que le dejaban allí solo, fumando un cigarro—estaba examinando con los ojos entornados y la cabeza echada hacia un lado, como para ver mejor en su conjunto aquella obra viviente y encantadora.

Era un hombre de treinta y cinco años..., acaso más, pues hay caras que se deciden con dificultad á pasar de los cuarenta, si completan, sobre todo, una silueta fina y elegante que ha conservado la agilidad de la juventud viril.

Estaba de frac y corbata blanca y tenía una flor en el ojal.

Por la ancha puerta que separaba el estudio del comedor del hotel se veía la mesa cuadrada, cubierta con un tapete de grandes ramajes, lo que indicaba que Camila Girot no comía aquella tarde en casa y que el visitante la esperaba para acompañarla adonde, acaso, la tenía invitada.

El cuadro, puesto todavía en el caballete, representaba un paisaje de abril, lleno de cerezos de hojas nacientes y una pareja de jóvenes llenos de belleza que se perdían entre aquella nieve de flores.

El visitante contemplaba el cuadro con sonrisa de placer.

—Es delicioso, murmuraba; esta mujer sería capaz de inventar la gracia y la primavera.

Y como para felicitar á la artista, se volvió hacia un gran retrato que reemplazaba sobre la chimenea al espejo tradicional y que, firmado por un pintor ilustre, representaba á la dueña de la casa vestida de blanco, en un decorado de claridad, en el que brillaban sus ojos negros, extrañamente parecidos á los de Graciana.

En este momento una doncella levantó la cortina que ocultaba á medias la puerta del comedor y dijo: —Sr. Serán, dice la señora que en seguida estará dispuesta.

—Que no se apresure; no es hora todavía.

—Y para que el señor no se impaciente, le envía la revista de que han hablado hace un instante.

—¡Ah, sí! Gracias.

«La crítica de mi comedia, murmuró. Me tiene sin cuidado.»

Pero no, no le tenía tan sin cuidado, porque cogió prontamente la revista á la doncella y repitió:

—Felicia, dígame usted que no tiene que darse prisa.

Se instaló en un diván atestado de almohadones, cuyas sedas exóticas formaban la mezcla más pintoresca, y se puso á leer ávidamente el artículo en que se hablaba de su obra.

El visitante era Máximo Serán, el autor dramático cuya última comedia, representada en el Vaudeville, acababa de clasificarle definitivamente entre los primeros del grupo de jóvenes que han acaparado el éxito en el teatro.

Máximo era feliz en aquel momento en que todo sonreía á su naciente gloria. Nada le faltaba, ni la celebridad ni las envidias.

Enamorado hacía mucho tiempo de aquella Camila Girot tan caprichosa, tan mujer, cuando quería olvidar que era una gran artista, Serán tenía el gozo, el orgullo de pensar que pronto—aquella noche acaso—su relación con Camila llegaría á ser algo más y algo mejor que la amistad.

Camila había aceptado ir á comer con él al restaurant, debajo de los árboles, y pasar después una ó dos horas en un concierto de verano que estaba entonces muy en boga.

«Y después... ya veremos,» pensaba el poeta.

Con rapidez que se puede llamar profesional, acabó de leer el artículo, en el que se repetían una vez más los elogios de su comedia *Agua dormida*, dejó la revista en los almohadones del diván y se puso á pensar en todas aquellas cosas que iban á convertirse acaso para él en una exquisita aventura.

Extraña mujer, aquella Camila Girot, con su mezcla de alegría, algunas veces pueril, de tristeza sin causa aparente, de confiada indiferencia, de altanera reserva, de atrevida originalidad, y sobre todo, de voluntad imperiosa, que le hacía ser la más seductora, la más falaz y la más apetecible criatura que jamás había encontrado en su camino.

Se murmuraban de ella muchas historias. ¿Sería verdad todo lo que se decía? La maledicencia se convierte tan fácilmente en calumnia... Camila era envidiada y no podía escapar de la regla general. Se le hacía pagar su gloria.

Y después de todo, ¿qué decían los más encarnizados perseguidores de su vida íntima?

Que había concebido una gran pasión por el que la inició en el arte, pasión seguida, á los tres años de idilio, de un profundo y amargo desengaño, cuando todo París creía que iba á casarse.

El hombre á quien amaba hasta el punto de despreciar todas las leyes del mundo y de afrontar por él el escándalo de una unión irregular, no era digno de aquel sacrificio.

La había engañado y Camila había tenido la prueba de su traición.

Entonces ocurrió en su vida un drama más sospechado que conocido.

Se decía que había querido matarse. Pero aquel período, al que nunca hacía ni permitía que se hiciera la menor alusión, fué también el de su trabajo solitario y obstinado y, de repente, el de sus triunfos.

Camila se había revelado de golpe como una gran artista, y el éxito inesperado y colosal que de la noche á la mañana la hacía rica y célebre, le hizo tomar una actitud enteramente nueva.

Parecía que había formado otro concepto de la vida y que era ya indiferente á las pequeñeces que hacen perder la visión de los anchos espacios del arte y de la belleza. Pero aquella indiferencia sonriente no la hacía abandonarse á ciertas fantasías que se exhiben como debilidades. No; lo que se contaba de Camila eran simpatías atrevidamente confesadas, pero á las que nadie hubiera podido dar categóricamente el nombre de amor ni de amistad. Era un desdén de qué dirán que no llegaba al olvido de lo que una mujer, aunque sea excepcional, se debe á sí misma.

(Continuará)

## Máquinas de calcular, por Mauricio de Ocagne

I.—Todos conocemos á individuos que, cuidados de economizar su cerebro, cuando han de hacer una suma cuentan con los dedos; este procedimiento, por muy primitivo que sea, no merece ser desdeña-

continuación de otras. La idea de esta colocación aparecía ya en una máquina que figuró en la Exposición de Londres de 1851, pero no ha revestido forma verdaderamente práctica hasta las máquinas americanas modernas de Felt y Tarrant ó de Burroughs (fig. 3), las cuales, á medida de la inscripción, imprimen los números y dan igualmente impreso el total al pie de la columna.

Teniendo en cuenta las necesidades de la contabilidad comercial, el principio de los sumadores de teclas se ha combinado con aparatos de comprobación sumamente ingeniosos para constituir esas cajas registradoras que comienzan á verse en algunas tiendas de nuestras capitales después de haber invadido los Estados Unidos, en donde las fabrica la casa de los hermanos Patterson de Dayton (Ohio). Desde 1883 á 1903 la cifra de venta anual de estas máquinas ha subido desde 50 ejemplares á 60.000, y la del personal empleado en su fabricación, de dos

obreros á 4.000. Curiosidad notable: en aquella inmensa fábrica, famosa en América por su organización obrera y en donde el principio de la división del trabajo se aplica en su mayor rigor, al lado de los talleres de las diversas especialidades hay un verdadero taller de inventores, compuesto de seis inventores jefes, ayudados cada uno por diez auxiliares, y que no tienen más misión que perfeccionar incesantemente los modelos ya existentes en su máquina, y si á mano viene, crear otros nuevos. Esta organización industrial del trabajo del inventor, ¡cuán distante se halla del joven geometra-filósofo que, con ayuda de un simple cerrajero, creaba el primer tipo de la máquina de sumar!

III.—Para hacer una multiplicación pueden bastar varias sumas repetidas: si en un sumador como los que acabamos de describir se repite un número cinco veces á partir de la columna de las unidades y dos veces á partir de la columna de las decenas, se obtiene como total el producto del número por 25. Asimismo la división puede reducirse á repetidas restas. Para que este

perfeccionada por otros inventores que conservaron el órgano esencial de su máquina, ó sea el tambor de nueve dientes de desigual longitud, y entre los cuales podemos citar al wurtembergués Hahn (1774), á lord Mahon, conde de Stanhope (1775), al capitán de ingenieros de Hesse J. H. Müller (1784) y al relojero polaco A. Stern (1814).

Pero al financiero alsaciano Thomas, de Colmar, corresponde la gloria de haber realizado la primera máquina de multiplicar y dividir, rápida, fuerte y de funcionamiento seguro. En 1820 creó Thomas su *Aritmómetro*, cuyo tipo, desde entonces, no ha cesado de perfeccionarse bajo la dirección del construc-

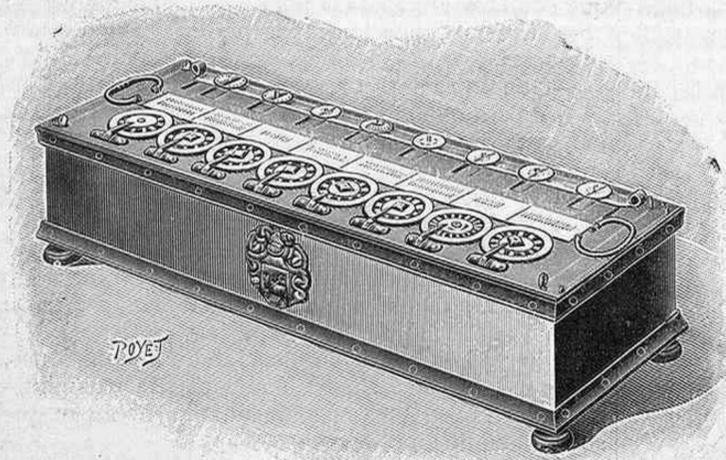


Fig. 1. - Máquina de Pascal

do, y uno de los más sabios aritméticos de nuestros días, Eduardo Lucas, lo encomiaba y se dedicaba por distintos modos á desarrollarlo. Esta operación es la que por nosotros hacen las máquinas de sumar. La circunstancia á que éstas deben su origen merece ser recordada. En la primera mitad del siglo XVII hubo en la Alta Normandía un superintendente que se lamentaba á menudo delante de su hijo de la fatiga y del fastidio que le causaba la comprobación de sus cuentas. El muchacho, por una intuición genial, pensó que bien pudiera confiarse á un mecanismo el cuidado de hacer esta comprobación, y en 1642, cuando aún no había cumplido los diez y nueve años, regaló al canciller Pedro Seguier el primer ejemplar de su máquina. Uno de estos modelos primitivos (fig. 1) salido del taller de un modesto cerrajero, pue-

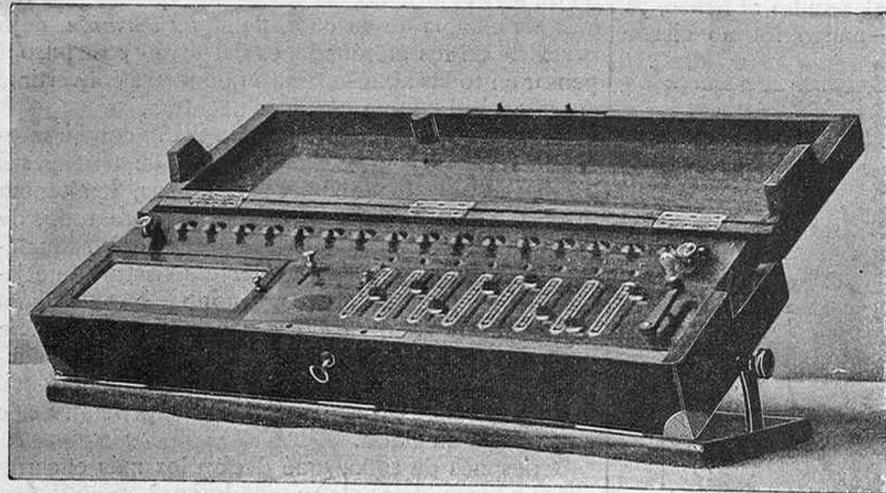


Fig. 2. - Aritmómetro de Thomas

de verse en el Conservatorio de Artes y Oficios, de París, y lleva la firma del joven inventor: Blas Pascal.

La máquina de Pascal tiene la forma de un cofrecillo, cuya parte superior tiene varios orificios en donde aparecen las cifras del resultado. A lo largo de esta línea de orificios hay dispuestas algunas ruedas por medio de las cuales se inscriben las cifras de los diversos números que han de entrar en el total. Un mecanismo especial permite á la máquina efectuar también las subtracciones.

La concepción primitiva de Pascal fué modificada sucesivamente por varios inventores, en especial por Sir Samuel Morland (1673), el veneciano Poleni (1709), Lepine (1725), Leupold (1727), Hillerin de Boistissandeau (1730) y Gersten (1735).

Perrault (1700) y Pereire (1750) propusieron sumadores de un tipo diferente, el primero con regletas que se deslizan unas sobre otras, y el segundo con ruedas enfiladas en un mismo eje.

En 1841, el Dr. Roth mejoraba muy sensiblemente las máquinas derivadas del tipo primitivo de Pascal, cuya descendencia llega hasta nuestros días.

II.—Inscribir los números cifra por cifra por medio de fracciones convenientes de vueltas de rueda, no es trabajo muy largo, pero aún es más expeditivo no tener que hacer más que oprimir una tecla para cada cifra. En este caso la máquina funciona como un piano cuyas octavas estuvieran dispuestas en columnas unas al lado de otras, en vez de estar unas á

procedimiento resultara práctico, era preciso conseguir que fueran muy rápidas estas repeticiones de sumas ó restas; era menester que, una vez inscrito un número en la máquina, no hubiera que hacer otra cosa, para que el número se adicionara al total ó se restara de él, que dar simplemente vuelta á un manubrio. Esta idea surgió también en uno de los cerebros más grandes del siglo XVII, en el de Leibnitz.

Este ilustre inventor del cálculo diferencial concibió en 1671 el proyecto de su máquina, que no realizó hasta 1794; pero la habilidad de los constructores á quienes se dirigió no respondió á lo ingenioso de su concepción, y en vano gastó tiempo y dinero (dícese que un centenar de miles de francos), y su máquina, que aún se conserva en la Biblioteca Real de Hannover y que es muy notable por sus detalles mecánicos, no ha podido funcionar nunca de una manera satisfactoria y no ha pasado de la categoría de curiosidad científica.

La idea primitiva de Leibnitz fué sucesivamente

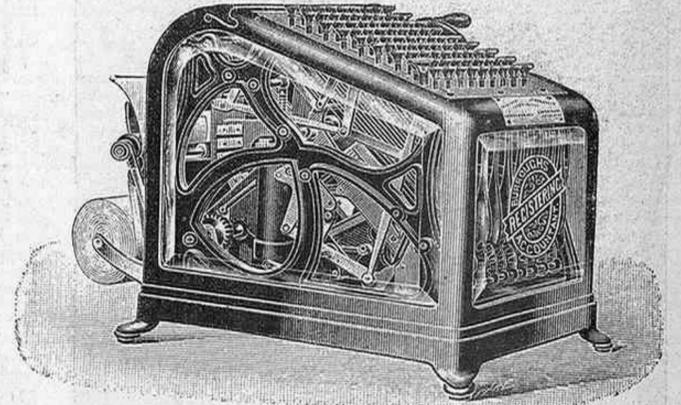


Fig. 3. - Máquina de Burroughs

tor Payen: muy generalizado en todos los grandes establecimientos financieros, cuenta este aparato una existencia de más de tres cuartos de siglo, durante la cual han podido comprobarse sus grandes ventajas prácticas.

El aritmómetro Thomas (fig. 2) se compone esencialmente de una platina fija en la que se inscriben el multiplicando ó el divisor, por medio de botones que corren á lo largo de ranuras, y de una platina móvil en la que, por medio del manubrio, se inscriben el producto ó el dividendo y el multiplicador ó el cociente. Para multiplicar, por ejemplo, por 25 el número inscrito en la platina fija, se hace avanzar una muesca á la platina móvil y se dan dos vueltas de manubrio, y el producto queda entonces inscrito en los agujeros *ad hoc*. Esta operación exige menos tiempo que el que se necesita para escribirla. Para que la máquina reste ó divida, basta hacer retroceder una pequeña palanca dispuesta á este efecto, sin que haya de variarse la dirección en que gira el manubrio. Partiendo de la idea fundamental de

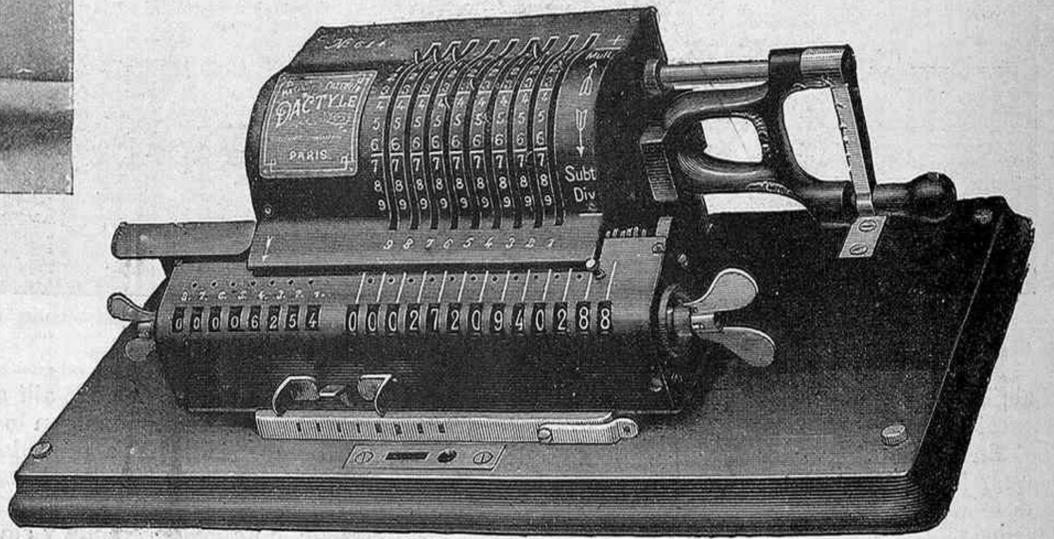


Fig. 4. - Dactilo (máquina Ohdner)

Thomas, un inventor llamado Maurel, secundado por el maquinista Jayet, construyó una máquina que puede verse en el Conservatorio de Artes y Oficios de París y cuya rapidez es realmente prodigiosa: basta en esta máquina inscribir el multiplicando (por medio de lengüetas que se estiran más ó menos) y el multiplicador (por medio de agujas móviles que se mueven en unas esferas graduadas) para que en los orificos correspondientes aparezcan completamente formados los números. Este resultado es teóricamente notabilísimo, pero no se consigue sino merced á un mecanismo sumamente delicado y que por desgracia, como ha demostrado la experiencia, no puede resistir un funcionamiento prolongado.

Desde hace algunos años, una nueva máquina comparte con el aritmómetro Thomas el favor del público: inventada por un ruso llamado Ohdner, se

basa en el empleo de ruedas con variable número de dientes, idea que vemos ya utilizada en 1709 en la máquina de Poleni, antes citada, y que se puso en práctica en 1841 en la máquina circular del doctor Roth, que también se conserva en el Museo de Artes y Oficios. Esta máquina Odhner, cuyo funcionamiento es análogo al del aritmómetro Thomas, ha sido extraordinariamente perfeccionada en sus detalles mecánicos por el constructor francés Chateau, que ha creado el tipo de la misma conocida actualmente con el nombre de *Dactilo* (fig. 4).

Otras máquinas, que se separan más ó menos de los tipos precedentes, han sido propuestas por Durschaneck (1883), Edmonson (1885), Büttner (1888), Esser (1892), Küttner (1894). En las de Grant (1871), Dietzschold (1877), Tchebichef (1882) y Selling (1886), hay mecanismos más especiales.

El ilustre matemático ruso Tchebichef hizo construir un solo ejemplar de su máquina, que regaló al Conservatorio de Artes y Oficios: cuando se quiere hacer una multiplicación con esta máquina, se inscriben el multiplicando y el multiplicador por medio de botones *ad hoc*, se da vuelta al manubrio hasta que la máquina no quiere moverse más, y entonces todos los botones del multiplicador han vuelto á cero y el producto se lee en los orificios dispuestos al efecto.

IV.—Todas las anteriores máquinas multiplican ó dividen por repetición de la suma ó resta. Si nosotros, con la pluma en la mano, no procedemos de igual manera, es porque hemos aprendido la tabla de Pifágoras. ¿Era posible que esta tabla fuese aplicada por una máquina? La respuesta afirmativa á esta pregunta nos la dió en la Exposición Universal de 1889 un joven francés de diez y ocho años, la misma edad de Pascal cuando inventó su máquina. También este precoz inventor emprendió sus investigaciones para ahorrar á su padre fatigosos cálculos que habían de aplicarse á la fundición de campanas, en la que para obtener un determinado sonido fundamental acompañado de las armónicas que se desean, es menester que el trazado de la campana se fije con un rigor absolutamente matemático. La solución mecánica, en extremo ingeniosa, dada al problema por aquel joven, habría bastado para dar celebridad á su nombre, hoy bien conocido de todo el público por los notables inventos por él realizados en el terreno del automovilismo: León Bollée.

La idea fundamental de la máquina Bollée (fig. 5), no sólo es notabilísima, sino que además está realizada de modo que satisface todas las exigencias de la práctica. En ella, el multiplicando se inscribe como en los precedentes aritmómetros, por medio de botones móviles en unas ranuras; en cuanto al mul-

tiplicador, se marcan sucesivamente las cifras por medio de un manipulador que se mueve sobre una esfera análoga á la de un aparato telegráfico, bastando entonces una sola vuelta de manubrio para cada una de las cifras. La idea teórica de M. Bollée ha sido realizada después de un modo distinto en la máquina de M. Steiger, denominada la *millonaria* (1892) y en la segunda del profesor Selling (1894), que funciona por medio de la electricidad.

V.—Las anteriores máquinas pueden efectuar las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética y aun extraer raíces cuadradas ó cúbicas. Ahora bien: cuando se trata de calcular tablas (por ejemplo, intereses ó anualidades), se procede por un método es-

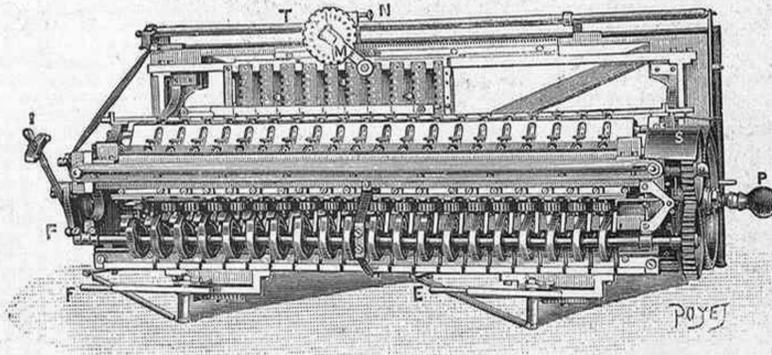


Fig. 5. — Máquina Bollée

pecial denominado de las diferencias, que exige sumas en cierto modo sobrepuestas. Construir máquinas capaces de efectuar automáticamente estas operaciones tenía en realidad gran importancia práctica. La idea había sido emitida en 1786 por J. H. Müller antes citado y reproducida en 1812 por C. Babbage que, protegido por el gobierno inglés en 1823, dió á conocer en 1833 la primera máquina de esta clase que funcionó regularmente. Dos suecos, Scheutz padre é hijo, aguijoneados por su ejemplo, construyeron una máquina análoga, pero con nuevos mecanismos y que funcionaba con mayor extensión. Sus esfuerzos, estimulados por el rey de Suecia, se vieron coronados por el éxito más completo. Esta curiosa máquina, que figuró en la Exposición Universal de 1855 y que, gracias á la liberalidad de un rico norteamericano, es hoy propiedad del Observatorio Dudley, de Albany, no se limita á calcular, sino que además estereotipa, es decir, imprime en hueco todos los resultados en una lámina de plomo, gracias á lo cual ha podido ser utilizada para calcular y componer tablas de logaritmos y de anualidades.

En 1863, otro sueco, Wiberg, construyó una máquina capaz de prestar los mismos servicios que la de Scheutz, aunque de dimensiones mucho más pequeñas y con un mecanismo mucho más sencillo.

También ha servido para calcular tablas matemáticas y financieras.

VI.—Aun siendo estas máquinas tan prodigiosas, no constituyen el límite de nuestra admiración. Así Babbage, á quien ya hemos citado, ideó una máquina capaz de efectuar cualquiera serie de operaciones aritméticas sobre cualesquiera números, y de dar los resultados impresos, con la indicación, por medio de signos algebraicos, de la serie de operaciones efectuadas. Gracias á la liberalidad de la reina Victoria, pudo hacer construir las piezas necesarias de su máquina, que se contaban por millares; pero la muerte le sorprendió cuando apenas había comenzado el montaje, y hoy estas piezas están en una vitrina del Museo South Kensington de Londres esperando algún mecánico de sagacidad poco común que, teniendo á la vista la descripción dejada por el autor y publicada por su hijo, general del ejército inglés, realice definitivamente el pensamiento de Babbage.

VII.—Las máquinas que hasta ahora hemos estudiado efectúan las operaciones aritméticas fundamentales aisladamente, ó ciertas combinaciones de las mismas; pero en las aplicaciones matemáticas hay otras operaciones, como por ejemplo la resolución de las ecuaciones. ¿Se conseguirá que las máquinas realicen este nuevo progreso? A esta pregunta contestó afirmativamente en 1894 un sabio ingeniero español, don L. Torres. En efecto, este señor, inventando órganos mecánicos nuevos é ingeniosísimos mandó construir una máquina que presentó á la Academia de Ciencias de París en 29 de julio de 1895 y que resuelve ecuaciones. Es más: en una memoria aprobada en 2 de abril de 1900 por la misma Academia y por orden de ésta impresa, demostró que no hay ninguna relación entre números, por muy complicada que sea, que no pueda resolverse mecánicamente.

Delante de una conclusión de tal naturaleza, guardémonos de incurrir en generalizaciones demasiado prematuras, que suelen ser fuente de inducciones mal fundadas.

Si hay máquinas que, por lo menos teóricamente, pueden realizar el trabajo de cualquier calculista, no es posible que substituyan á un matemático. Pueden ciertamente resolver en números una fórmula cualquiera, pero nunca servirán para crear fórmulas nuevas. En el pensamiento humano, aun aplicado á un objeto que se trata por números, hay algo que no puede reducirse al mecanismo puro. Y no creemos aventurado afirmar que esta afirmación nuestra no habría sido desaprobada por los dos gloriosos iniciadores de la rama especial de la mecánica aplicada sobre la que acabamos de echar una ojeada rápida: Pascal y Leibnitz.

**ENFERMEDADES de la PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los médicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buen Éxito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

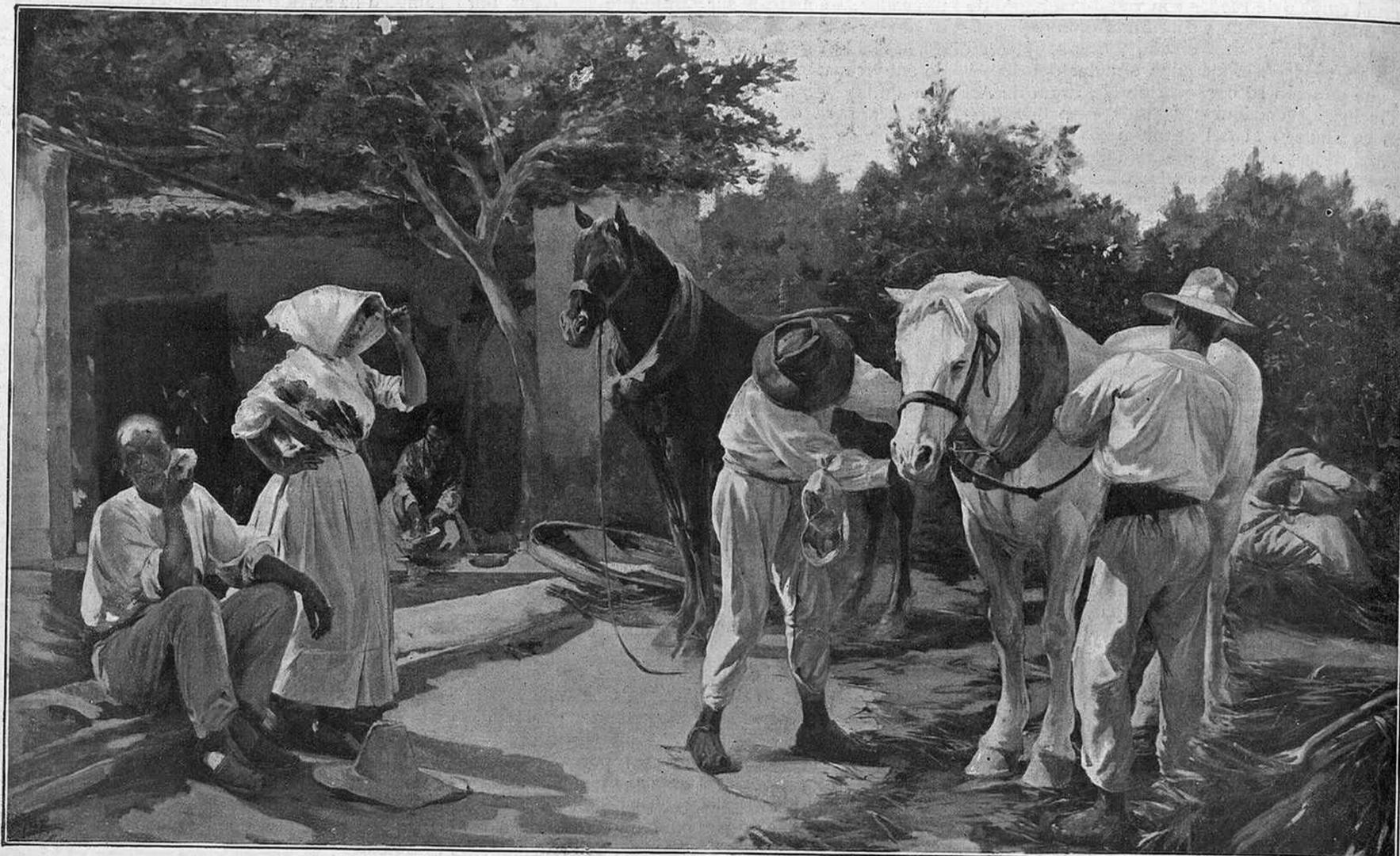
**VINO NOURRY**  
ANEMIA  
DEBILIDAD  
LINFATISMO y  
ENFERMEDADES del PECHO  
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de  
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.  
CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**CURACIÓN** cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el *Vino Aroud* (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILLYORE, DUSSER*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Sobre el arroz, cuadro de Julio Vila-Prades. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1904.)

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Reumáticos y Gotosos!  
Tratad de curaros con la Legítima  
**PISTOIA**  
PLANCHE  
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)  
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.  
CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.  
F<sup>ca</sup> PLANCHE en Marsella (Francia). En todas las Farmacias bien surtidas.

AVISO Á LAS SEÑORAS  
**EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE**  
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
CANDES et C<sup>ie</sup> B<sup>te</sup> St-Denis, 16

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.  
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS  
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub<sup>st</sup> St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

LES PLAQUES ET PAPIERS  
**JOUGLA**  
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN